

CUENCA

214

(1) Algarra Cruz, Eduardo

Nació el día 21 de diciembre de 1880. Sastre. Murió asesinado el día 25 de septiembre de 1936, a las once y media de la noche, en el cementerio de Cuenca, con Mombiedro, Terael, Viejobueno, Ladrón de Guevara, etc. Casado con Vicenta Martínez Muelas (* 27-X-1882). Hijos: María (* 3-III-1907, c.), Eduardo (* 23-III-1908, †), Manuel (* 8-XII-1909), Juliana (* 7-I-1912), Rosario (* 6-IX-1915) e Isabel (* 8-VII-1918).

Fué un trabajador incansable, caballero cristiano, de una honradez a toda prueba y leal siempre a los ideales de la Religión, de la Patria y de la Monarquía, que defendió como Concejal en tiempos de la República. Durante los días que estuvo detenido, demostró su temple y serenidad de buen cristiano y patriota, muy valiente y animoso. No quería que nadie intercediera con los rojos para librarlo, y les repetía a sus hijos: «No quiero deberles nada, ni la vida, a los enemigos de Dios y de España.» Estando en el cuartel de milicias, se confesaron él y todos los demás, de las siete a las once de la noche, con el cura de Albalate de las Nogueras. El mismo día, antes de matarlo, fué pasando por delante de su casa, y tiró la gorra delante de la puerta, para advertir a los suyos de lo que sucedía. Entregó su alma a Dios con gran conformidad y valentía. Antes de morir había dicho: «Ahora me toca morir, y quiero morir como buen cristiano y buen español.»

215

(2) Ayala Astor, Joaquín María

Nació el día 25 de julio de 1878. Canónigo doctoral. Padres: Eleuterio Ayala Martínez y Josefa M.^a Astor Escolano. Hermanos: María de la Encarnación, Nicolás †, Ana †, Francisco †, Eleuterio y Trinidad.



«Don Joaquín M.^a Ayala, hijo de una familia ilustre por su piedad y patriotismo, había nacido en Novelda (Alicante), y estudió las Humanidades y Filosofía en el Seminario Conciliar de Orihuela, con extraordinario aprovechamiento; pasó a la Universidad Pontificia de Valencia, en 1899, licenciándose en Sagrada Teología. En 23 de marzo de 1901 recibió el Orden del Presbiterado de manos del Ilmo. y R^{mo}. Sr. Obispo de Tortosa; y en

la Universidad Pontificia de Toledo obtuvo el grado de Doctor, en la

Facultad de Derecho Canónico, con la calificación de *nemine discrepante*, desempeñando, durante la preparación de grados, una cátedra en el Seminario de la Ciudad Imperial, y la de Religión y Moral, en las Escuelas Normales del Magisterio y en el Instituto.

«El celo por la gloria de Dios y salvación de las almas le empujó a dejar el trabajo de la enseñanza por el laboreo parroquial, siendo Tobarra, La Unión y Albacete las tierras que recibieron las sementeras del joven sacerdote, floreciendo la *Congregación de San Luis Gonzaga* y *Adoración Nocturna*, en la primera; la *Obra Social del Patronato Obrero de San José*, en la segunda, y la *Cofradía Sacramental*, en la tercera.

«En la iglesia parroquial de San Juan (Albacete), se encontraba cuando salió el edicto anunciando la vacante de la Canonjía Doctoral de la Catedral de Cuenca, y resentida su naturaleza, débil y enfermiza, por el hervor agotador de su celo, resolvió opositar, quedando en posesión de aquélla en diciembre de 1911.

«La gloria del triunfo ni lo envaneció, ni apagó la brasa candente de su celo, sino que prestó nuevos bríos a su apostólico entusiasmo. Estableció la *Obra de las Marías* y los *Discípulos de San Juan*; creó los periódicos *La Voz del Catecismo* y *El Sagrario*, y aun quedaba huelgo a su pluma para romper puntos contra los errores sociales, que volaban por España, colaborando en los semanarios locales *El Centro* y *El Defensor de Cuenca*, y a su corazón energías para fundar el *Sindicato Católico de Oficios Varios* y la *Juventud Franciscana*, reorganizando la *Orden Tercera* del mismo nombre. Para fomentar las sanas distracciones, dotó a la citada Juventud de una máquina fotográfica, pagándola de su peculio particular.

«Llegó el pontificado del Obispo mártir, don Cruz Laplana; a las pocas entrevistas, el Prelado descubrió, en su Doctoral, desinterés, franqueza de carácter, respetuosidad para la Jerarquía, firmeza en sus decisiones, espíritu emprendedor, trato afable y cautivador, gusto por las cosas de Dios, amor entrañable a las almas y una prudencia exquisita, guiadora de sus actos.

«Ante tal descubrimiento, don Cruz resolvió poner en sus manos la obra más trascendente de su Diócesis: ¡El Seminario Conciliar de San Julián!... Y en el Curso 1922-1923, don Joaquín M.^a Ayala quedaba encargado de la dirección de dicho centro. Su labor no defraudó las esperanzas acariciadas por el Prelado:

«Comenzó por captarse con su delicada afabilidad el corazón de sus súbditos, para ganarse su confianza. Sabía que todo Rector es padre; por eso, la disciplina del Seminario ni era *laxa*, por punible condescendencia, ni *rigida*, por extremosa inflexibilidad. Como Rector,

estaba obligado a mantener en pie el Reglamento; como padre, tenía que impregnarlo con rociadas de amor; el *fortiter in re et suaviter in modo* era la consigna en su actuación, la que inculcaba a los Superiores, no permitiendo a éstos que trataran a los seminaristas con descortesía ni descomedimiento.

«A los jóvenes *fluctuantes*, los animaba; con los *recalcitrantes*, apuraba hasta el derroche las persuasivas correcciones, antes de tomar la oportuna decisión, y a los *perseverantes*, reafirmaba en sus sólidos propósitos.

«Su obsesión era el Seminario, y para acrecentarlo, después de prestar ayuda de su exiguo peculio particular, se lanzaba en las vacaciones de verano por los pueblos de la Diócesis, con su campaña *Pro Seminario*, arrojando la semilla, que más tarde ha dado fruto, y que él también recogía en floración de consignaciones, que los pueblos remitían para ayuda de seminaristas necesitados.

«¡Dar sacerdotes *santos* a la Iglesia conguense fué siempre su ideal! Y como estaba persuadido de que el *sacerdote* es según es el *seminarista*, se esforzaba en modelar su alma en el troquel de la *piEDAD* y la *disciplina*, haciendo la forja de aquélla en el Sagrario, con los *Jueves Eucarísticos*, y la de ésta en la vigilancia del cumplimiento del Reglamento. Para sostener las vocaciones, terminado el curso, tenía correspondencia epistolar con cada seminarista, ya que el *Seminario de Verano* — su ilusión favorita —, no pudo verlo cuajado en realidad; constituyendo para él una verdadera preocupación la pobreza de algunos alumnos, llegó su extremada delicadeza generosa hasta el punto de regalar a uno 200 ptas. como ayuda de manutención de él y de su madre, en el verano.

«El Prelado estaba al tanto de la marcha del Seminario, mediante informes verbales que frecuentísimamente le daba, no moviendo el pie, ni en este orden ni en ningún asunto de su vida laboriosa, que no fuera refrendado con el beneplácito de su Superior...

«Y este hombre de excepcionales condiciones y lleno de prestigio, de temperamento dinámico y emprendedor, que abarcaba con su actuación el campo de lo religioso y el área de lo social, no pudo por menos de *hacer ojo* a los enemigos de la Fe; por eso, en mayo de 1936, se resolvió su asesinato, de que providencialmente se libró.

«Pero al Doctoral de Cuenca no podía perdonársele la vida.

«El Doctoral de Cuenca era el sacerdote de acción revolucionario a lo divino, que arrancaba a parte de la clase obrera de la ciudad y de la provincia de las garras del marxismo, fundando Sindicatos de Oficios Varios por toda ella, con la cooperación de un obrero católico, educado en la Escuela de Madrid; era el sacerdote polemista, de pluma

con argumentación de aríete; era el sacerdote obstáculo al socialismo materializado, y... ¡tenía que morir!

«Y estalla el Glorioso Movimiento Nacional; la red de sicarios se extiende por la Patria en busca de las presas codiciadas, y de Cuenca se desplaza un miliciano... En la capital se han recibido informes secretos de la residencia del Doctoral, y en Villalba del Rey hay que buscarlo. Y aquel miliciano, de entrañas de león y corazón de acero, inquiera, registra, promete, amenaza... Y alguien — cuyo nombre permanece en misterio, aunque sin misterio ante Dios — le da la clave del enigma.

«El Doctoral, en su accidental hospedería, no permanece ocioso; y el que unos días antes había regenerado a un niño, derramando sobre su cabeza las aguas bautismales, ahora se entretiene en afianzar los destellos de una vocación sacerdotal, no ha mucho tiempo nacida en el alma de uno de los hijos de la casa. El diálogo se rompe brusca-mente; el dueño de aquel hogar ha llegado desde la calle, convulso, nervioso, descompuesto: "¡Huya usted, don Joaquín — le grita —, que vienen a matarle!..." Y el Doctoral, por no comprometer a aquella familia, sale precipitadamente, cargado con la cruz del sufrimiento, por un postigo que da a la campiña, escondiéndose en *El Barranco*. Se oye tropel de gente, milicianos quedan apostados en el zopetero, se hace un registro por los recovecos de aquel hondón... Y a los pocos minutos, don Joaquín María Ayala, que ha salido de su covacha, se presenta y recibe en sus carnes una lluvia de plomo.

«Su cadáver es despojado de todo; el cuerpo sangrante yace en el camino, junto a *El Barranco*, cubierto con una blusa que mano compasiva ha dejado caer sobre él, hasta que el vecino de la villa alcarreña que lo hospedó lo traslada con su volquete al estrecho cementerio del pueblo, en una tarde del 18 de agosto, del día en que en Doctoral fué asesinado...

«Tal es la *estampa* del Canónigo de Cuenca, el noveldense don Joaquín María Ayala Astor... Ampliarla con inexactitudes sería falsa; achicarla con esfumismos sería injusticia.» — JUAN JOSÉ BAPTISTA, presbítero.

(3) Bellón Parrilla, Juan Félix

Nació el día 12 de marzo de 1895. Beneficiado de la Catedral. Murió asesinado el día 10 de agosto de 1936, de madrugada, junto con su hermano, en el camino de Noales. Padres: Antonino † y Victoriana. Hermanos: Lucio † (4) y Dolores.



Don Juan Félix, ordenado sacerdote el año 1918, obtuvo por oposición un beneficio en la Catedral, dos años después, y también quedó al servicio de la Curia Eclesiástica. Fué un sacerdote ejemplar, de carácter apacible y bondadoso, muy caritativo y amigo de los humildes. Tuvo siempre una idea clara de la realidad española, y vivía dispuesto a dar su vida por Dios y por España en cualquier momento. Fué detenido en la medianoche del 9 de agosto de 1936, junto con su hermano y dos sacerdotes más, por los milicianos, quienes martirizaron horriblemente a sus víctimas, y finalmente los asesinaron cerca del cementerio. Don Juan Félix entregó su alma a Dios con la entereza cristiana que manifestó siempre en la vida.

(4) **Bellón Parrilla, Lucio**

217

Nació el día 10 de septiembre de 1884. Canónigo Maestrescuela de la Catedral. Murió asesinado el día 10 de agosto de 1936, de madrugada, en el camino de Noales, cerca del cementerio, junto con su hermano, con don Victoriano Pérez, don Manuel La Plana y otros sacerdotes. Padres y hermanos: Cfr. (3).



Don Lucio Bellón había sido ordenado de Presbítero en junio de 1908; al año siguiente opusió y obtuvo un beneficio en la Catedral de Cuenca, siendo nombrado profesor de Liturgia en el Seminario. En 1914 fué nombrado Provisor y Vicario general del Obispado, cargos que desempeñó a satisfacción de toda la Diócesis, hasta su martirio. El año 1924 fué nombrado Canónigo Maestrescuela de la Catedral. Durante su vida fué un sacerdote ejemplar en todos los órdenes, de carácter apacible y bondadoso, respetado y querido por todos. La norma de su actuación siempre fué la dignidad sacerdotal, el bien del prójimo y el amor de Dios; todos reconocían en él una rectitud inquebrantable, una prudencia segura y un celo ardiente. Por sus virtudes y su conducta se granjeó el cariño de cuantos le trataron. Decretada su detención y su muerte por los rojos, con su hermano y otros sacerdotes, se entregó serenamente a la muerte, ofreciendo su vida por España, por la Diócesis y por la Iglesia.

218

(5) **Benítez González, José Ramón**

Teniente de la Guardia Civil. Murió en el frente de Ternel, el 5 de septiembre de 1936.

El teniente de la Guardia Civil don José Ramón Benítez, después de estallar el Movimiento Nacional, viendo que la provincia y la ciudad de Cuenca habían caído en poder de los rojos y era inútil toda resistencia, el día 27 de julio de 1936 se pasó, al frente de unos bravos guardias civiles, a la tierra nacional. Ingresó en la Legión, y en el frente de Ternel cayó luchando por Dios y por España. En Cuenca pertenecía a las Hermandades de San Juan Bautista, de la que era Hermano Mayor, y de Nuestro Padre Jesús, del Salvador.

219

(6) **Calvo Lozano, Victoriano**

Nació el año 1893. Hermano Redentorista. Murió asesinado el día 10 de agosto de 1936, en el cementerio de Cuenca.

El Hermano Victoriano vivía en el convento de Cuenca, entregado a las prácticas de piedad y al ejercicio constante de la perfección, en el cumplimiento de los votos y de todos sus deberes. Desde que la comunidad tuvo que salir del convento, el 22 de julio de 1936, vivió, primero, refugiado en casa de una familia piadosa, y luego, en el Seminario, rezando, haciendo sacrificios y preparándose para el martirio. El día 10 de agosto, en compañía del P. Gorosterratzu, fué sacado del Seminario, y los dos ofrecieron la vida por Dios y por la Patria, asesinados en las tapias del cementerio.

220

(7) **Campos Muñoz, Enrique**

Estudiante. Murió asesinado en los últimos días de octubre o primeros de noviembre de 1936, en Madrid, donde estaba escondido con su hermano José. Padres: César Campos Corral y Elvira Muñoz Vallenilla. Hermanos: César, José (8), Elvira y Julio.

Era muy piadoso y entusiasta de la Causa Nacional. Llamado a prestar servicio en el ejército rojo, se negó a ello, diciendo: «¡Jamás empuñaré un fusil contra los míos!...» Marchó a Madrid con su hermano José, en los últimos días de octubre, para esperar escondidos su liberación por las tropas nacionales, y desapareció, lo mismo que su citado hermano, al ser descubiertos en donde se escondían, sin saberse detalles de su muerte.

221

(8) **Campos Muñoz, José**

Cadete de Toledo. Murió asesinado entre octubre y primeros días de noviembre de 1936, al acercarse las tropas a Madrid, donde estaba con su hermano Enrique. Padres y hermanos: Cfr. (7).

Era un joven entusiasta de la Causa Nacional, que había trabajado en Madrid en la organización de F. E. Le sorprendió el Movimiento en

Cuenca, donde estaba disfrutando permiso. Fué citado para que se presentara al ejército rojo, negándose a hacerlo, porque, según decía, «no quería poner su espada al servicio de los enemigos de la Patria...». Al acercarse las tropas nacionales a Madrid, en los últimos días de octubre, decidió marchar a la capital, junto con su hermano, para esperar allí su liberación, siendo descubiertos y asesinados, aunque nada se sabe de la fecha ni lugar donde entregaron sus almas a Dios.

222

(9) Cañas Frías, Antonio

Nació el día 7 de noviembre de 1899. Industrial-comerciante. Murió asesinado el día 19 de noviembre de 1936, por la noche, en el cementerio, con su hermano y otros más. Casado con María López Santiago (* 14-XII-1904). Hijos: Antonio (* 9-III-1927), Luis (* 19-VIII-1928), José María (* 7-II-1932), Salvador (* 24-XII-1932) y Juan (* 25-XI-1934).



Este caballero español era un católico práctico y un buen patriota, de honradez intachable, que sólo vivía para su hogar y para Dios, en el trabajo y en el cumplimiento de sus deberes. Pertenecía a varias Hermandades. Desde que estalló la revolución se enfervorizó más su espíritu religioso, y estaba convencido de que debía ofrecer a Dios sacrificios costosos, como la vida, para conseguir el triunfo de las armas nacionales y la educación cristiana de sus hijos; él mismo ofreció a Dios su vida, y estaba seguro de que el Señor la aceptaría por tan recta y noble intención. Bajo el dominio rojo rezaba en común con su esposa y sus hijos; los días festivos leían la misa, y diariamente hacían juntos la lectura espiritual y el rezo del Santo Rosario. Su intención era conseguir del cielo la salvación de España y la educación cristiana de sus hijos, que para él valía más que el mundo y más que la vida propia. Estas ideas las inculcaba a su esposa, a quien decía: «...¿No lo comprendes?... Si yo doy mi vida, y mis hijos son educados como nosotros, ¿no debemos estar contentos?... ¿Quieres que mis hijos vivan en este ambiente de impiedad? ¡No!... Si es necesario que muramos para que ellos se eduquen con Dios, pues que así sea... Así, de este modo, se salvará España y seremos cristianos... Tú y mis hijos veréis la victoria; yo, no...». Al replicarle que no hablara así, porque Dios le oiría y aceptaría su sacrificio, respondía: «Pues precisamente por eso; se lo he pedido, y así será...». El día 8 de noviembre de 1936 los rojos se incautaron de los dos comercios que tenían, y cinco días más tarde detuvieron a los dos hermanos, Antonio y Jesús, llevándolos a la checa del Seminario.

Al detenerlos, preguntaron qué motivos había para ello; y les respondieron los milicianos: «Erais católicos y llevabais a vuestros hijos con vosotros a misa... Aunque no erais políticos, sin embargo erais muy católicos.» Y Antonio replicó: «Pues si eso es delito, ya pueden hacer con nosotros lo que quieran.» En la checa les hicieron sufrir muchos tormentos, pero los dos hermanos se animaban mutuamente, rezando de rodillas delante de una cruz rayada en la pared, haciendo versos piadosos y conversando sobre el fruto de su pasión y muerte. Antonio, para consolar a su hermano, le decía repetidamente: «Si es que tenemos que morir por España, ten valor... Déjalo, que nuestros hijos saldrán adelante... Sé fuerte, no llores; Dios no desampara a sus hijos...» En la checa, cada nuevo día que amanecía exclamaba: «Un día más de vida que nos concede Dios», pues estaba convencido de que los matarían. Al separarse de su mujer, se despidió hasta la eternidad. En el cementerio, cuando lo iban a matar, abrió los brazos, formando la Santa Cruz, y gritó: «¡Viva Cristo Rey!»

223

(10) Cañas Frías, Jesús Daniel

Nació el día 10 de abril de 1898. Industrial-comerciante. Murió asesinado el día 19 de noviembre de 1936, por la noche, en el cementerio, con su hermano y tres más. Casado con Gabriela Olmeda Recuenco (* 5-XII-1901). Hijos: Jesús (* 17-III-1927), M.^a de los Dolores (21-XI-1930), Brique (* 28-X-1932), Jaime (* 7-IX-1935) y Gonzalo (* 7-VII-1937).



Era un entusiasta de la Causa Nacional y católico ejemplar. Cinco días después de habersele incautado del establecimiento lo detuvieron, junto con su hermano, teniéndolos presos durante siete días en las checas del Seminario, donde fueron bárbaramente maltratados. Allí escribieron unos versos y rezaban de rodillas. Repetía frecuentemente: «¡Sea lo que Dios quiera!...» En el interrogatorio a que les sometieron en la misma checa le preguntaron: «¿Vosotros iréis mucho a misa?...» «Sí, íbamos; y ahora no vamos porque no hay...» «¿Qué filiación política es la vuestra?...» «Ninguna; somos católicos, apostólicos, romanos... Si esto es delito, ya pueden hacer con nosotros lo que quieran...» «¿Qué decías a tu hijo al acostarlo?» «Reza un Credo por la salvación de España...» Al despedirse de sus hijos los besó, y dijo al mayorcito: «No olvides a tu padre, hijo mío...» Antes de morir tuvo un recuerdo para su mujer y sus hijos: «¡Ay, mi mujer y mis hijos!... Dales un abrazo a mi mujer y a mis hijos, y despídeme de ellos», recomendó a un familiar.

Murió gritando: «¡Viva Cristo Rey!» De esta manera, los dos hermanos Cañas, que habían vivido unidos en todo, ofrecieron juntos el sacrificio de sus vidas por la Religión, por la Patria y por la familia.



224

(11) Castellano Serna, Félix

Nació el día 30 de agosto de 1869. Párroco. Murió asesinado en Cuenca, el día 15 de enero de 1937.

225

(12) Cuerda Abad, Julián

Nació el día 19 de mayo de 1917. Estudiante. Murió asesinado el día 19 de noviembre de 1936, a las once de la noche, en el cementerio, con los hermanos Cañas y otros. Padres: Agustín Cuerda Crespo (* 28-VIII-1880 †) y Nieves Abad Gómez (* 29-IX-1884). Hermanos: José Antonio (* 8-X-1911) y Crisanto (* 22-XI-1913 †).



Gran entusiasta de la Causa Nacional, tenía mucha fe en el triunfo. Era un joven muy laborioso, de intachable honradez y piedad sincera. Fué fundador de la Juventud de Acción Católica y desempeñaba el cargo de Secretario. También fué propagandista entusiasta de F. E. Lo detuvieron el 14 de noviembre de 1936, traicionado por un antiguo amigo suyo, permaneciendo durante cinco días preso en la checa del Seminario, con gran resignación y convencido de que lo asesinarían, según manifestaba a sus compañeros de cautiverio. Cuando lo sacaron para matarlo, fué cantando por el camino el Himno Eucarístico: «¡Cantemos al Amor de los Amores!... ¡Cantemos al Señor!... ¡Dios está aquí! ¡Venid, adoradores!... ¡Adoremus!...» Murió gritando: «¡Viva Cristo Rey!... ¡Viva España!»

226

(13) Chavarrí Peñalver, Severo

Nació el día 10 de octubre de 1911. Maestro nacional. Murió asesinado el día 25 de octubre de 1936, en el cementerio, junto con don José Merino y otros. Padres: Enrique Chavarrí Lagunilla y Pilar Peñalver de San Julián.

Joven ejemplar y piadoso, pertenecía a la Juventud Católica. Fué apresado el 6 de octubre de 1936, cuando se dirigía a tomar el tren para

incorporarse con su quinta. Del cuartelillo fué trasladado a la cárcel instalada en el convento de Concepcionistas, de donde se lo llevaron al cementerio, en compañía del Canónigo Magistral y de los otros compañeros, a quienes asesinaron junto a las tapias del cementerio. En la cárcel recibieron los consuelos espirituales de don José Merino, y todos murieron con igual profesión de fe, ofreciendo a Dios sus vidas por España.

227

(14) Domínguez Llofrín, Eduardo

Nació el día 6 de marzo de 1907. Estudiante. Murió asesinado el día 15 de agosto de 1936, a medianoche, en el Puente de la Sierra. Padres: Ednardo Domínguez Fuster (* 6-III-1882) y Josefa Llofrín Borrás (* 18-III-1881). Hermanos: Josefina (* 19-I-1905), religiosa, Juan (* 21-II-1909), † (15), Rafael (* 4-VI-1913), Carmen (* 24-IV-1915), Alfonso (* 13-X-1918), Ricardo (* 12-I-1921) y Victoria (* 28-XII-1923 †).



Era un activísimo propagandista católico, y obraba en todo momento con serenidad, decisión y frialdad. Tanto él como su hermano fueron siempre valientes y heroicos, y no se dejaban amedrentar por nada. Fué apresado a las tres de la madrugada del 13 de julio de 1936, como católico activo y destacado, que podría reaccionar por la muerte de Calvo Sotelo. Tenía mucha confianza en el triunfo nacional, y no dudó en aceptar la muerte en sacrificio por la Patria. El día antes de morir se confesó en la cárcel, y cuando lo sacaban para matarlo, iba tranquilamente, fumándose un cigarrillo, causando admiración por su sangre fría a los mismos asesinos, que lo comentaban después. Antes de asesinarlo, le invitaron a hacerse de izquierdas, lamentándose de matar a un muchacho tan valiente. Se negó rotundamente y aceptó su muerte con valor y serenidad, gritando: «¡Arriba España!»

228

(15) Domínguez Llofrín, Juan

Nació el día 21 de febrero de 1909. Estudiante y empleado. Murió asesinado el día 17 de mayo de 1938, en Salinas de Valdeblado, término de Zafrilla. Padres y hermanos: Cfr. (14).



Este joven estudiante y trabajador era muy piadoso, «un santo» y un verdadero apóstol de la Acción Católica, de cuya Juventud era Secretario. Estuvo escondido, «emparedado», en su casa, durante veintitrés meses, con sufrimientos horribles.

Diariamente podía oír la Santa Misa y rezaba en común el Santo Rosario. Absueltos por un sacerdote y bendecidos por su padre, llevando medallas y escapularios y encomendados con oraciones a la Santísima Virgen, organizaron una expedición para ir, a través de los montes, a las tierras nacionales; pero no pudo ver cumplidos sus deseos, porque en el camino, del mucho andar, se le hincharon los pies, y hubo de quedarse imposibilitado y agonizante en el campo, solitario, mientras los demás compañeros lograron besar la tierra liberada, aunque con el dolor de haber perdido a su camarada. Cuando llegaron unos guardias de asalto, que le oyeron quejarse, al sitio donde Juan Domínguez yacía agonizante, éste expiró, y los marxistas lo remataron. Su madre, al terminar la guerra y conocer la muerte de su hijo, exclamó: «Doy gracias a Dios porque ha aceptado la vida de dos hijos míos por la Religión y por la Patria, y porque los que aun me quedan son también dignos de la misma honra.»

229

(16) **Escribano García, Juan Crisóstomo**

Nació el día 16 de septiembre de 1880. Canónigo Lectoral, Secretario de Cámara y Gobierno del Obispado. Murió asesinado el día 9 de agosto de 1936, con el P. Pozo y dos señores de Cardenete. Padres: Juan † y Casta †. Hermanos: Alejandro †, Carmen †, Alberto, Julia, Purificación, Isabel y Ana.



«Don Crisóstomo nació en El Provencio. A la edad de catorce años tenía ya casi terminada la carrera del magisterio, y principió la del sacerdocio, por la cual estaba entusiasmado, mereciendo, por su esclarecida inteligencia y aplicación, hacerla gratis, tanto en el Seminario de Cuenca, como en el Colegio de San José, en Roma, con premios y becas.» Como el mayor de los ocho hermanos, habiendo quedado sin padre muy pronto, se sacrificó por ellos con privaciones, cobijándolos a todos, y los sacó adelante, dándoles carrera, siendo como el padre de todos ellos. En la mesa quería para él lo peor, dando lo mejor a sus hermanos, y al presentarle alguna fruta o manjar exquisito, decía: «¡Qué bueno es Dios! ¡Qué cosas tan buenas cría para nosotros!» Lo que le sobraba en el gasto de la casa lo empleaba en dar limosnas, sostener buenas lecturas y comprar libros propios de su ministerio; cuando se le decía que por qué compraba tantos libros, contestaba: «Yo tengo que hacer méritos para la otra vida, y si con estos libros puedo adquirir un poco de santidad, ¿qué mejor empleo se le puede dar al dinero?»

Para la familia, como para todos en general, era todo corazón y ternura, sin que por esto dejara de tener rectitud de conciencia en todos sus actos. Era sencillo y candoroso como un niño, pues a veces, al oír alguna conversación algo inconveniente, se ruborizaba, y no parecía sino que conservaba la inocencia bautismal. Su vida sacerdotal fué ejemplar, de sumisión reverente y entusiasta al Prelado, y de continuo trabajo, estando siempre ocupado, lo mismo en casa que fuera de ella. Era fervoroso entusiasta de la Catequesis; de la Buena Prensa, de la que era Presidente; de la Visita Domiciliaria de la Sagrada Familia, de la que era Director; del Fomento de Vocaciones Eclesiásticas; de Nuestra Señora de la Esperanza, de quien era Mayordomo y predicaba con frecuencia, y lo mismo en sus cargos de Canónigo Lectoral y Secretario del Obispado. Escribía en varios periódicos y era editor del Ripalda Graduado.

Siempre amante del cumplimiento de su deber, a pesar de que preveía que quizás fuese perseguido por los rojos, no quiso salir de Cuenca, para descansar unos días y para poder hacer un trabajo de los Seminarios, que le había sido encomendado. Ese fué el motivo de que, al estallar la revolución, permaneciera en el Seminario, de donde lo sacaron para asesinarlo. Sus hermanas le preguntaron por qué se había ido allí y no a un pueblo a descansar, y él contestó que *si cumpliendo su deber le pasaba algo, ¡qué mayor dicha que morir mártir!, y que si lo sentía, era únicamente por ellas, por la pena que habían de tener toda la vida; pero que hiciesen cuenta que había muerto de una pulmonía.* Durante ese tiempo, estuvo en continua oración y unión con Dios, en el Seminario, preparándose para el martirio, con serenidad, como lo prueba una nota que escribió con letra firme y segura el mismo día que lo mataron. Con alegría, sonriente, se despedía de los demás, todos los días, *hasta la eternidad*, animándolos con fervorosas pláticas y diciéndoles: *¡Qué gusto, si mañana a estas horas estamos... ya en el cielo!* Todos los días celebraba la Santa Misa, ofreciéndola por sí mismo y por España. Siempre había hablado con entusiasmo sobre los mártires y sentía un gran deseo del martirio, citando las palabras de San Ignacio Mártir, en su epístola a los Romanos.

«Cuando los asesinos fueron por él, con cara sonriente y sin poner obstáculos de ninguna clase, se presentó ante ellos y les pidió por favor que le dejaran ponerse la sotana, que era su librea, con la que había vivido y con la que también quería morir, a lo que accedieron aquéllos. Por el camino hacia el cementerio, iba cantando el *Tantum ergo*. También rogó a los asesinos, antes de morir, que le dejaran hablarles algunas palabras; llamólos *hijos míos*, y les dijo: *Mirad lo que vais a hacer; ya sé que me vais a matar, lo cual yo os perdono como Jesu-*

cristo perdonó, el Viernes Santo, en la Cruz, a sus enemigos, para que Dios me perdone a mí... También os pido que no hagáis nada a mis hermanas, que las quiero como si fueran hijas mías, pues he sido para ellas como un padre... Decid conmigo: ¡Viva Cristo Rey!

»Después de tirarle tres o cuatro tiros, le vino un temblor de piernas muy grande, pero se rehizo, y con el Crucifijo en una mano y el Santo Rosario en la otra, poniéndose con los brazos en cruz, exclamó con energía: ¡Viva Cristo Rey!... Y enfurecidos los criminales al oírle, dijeron: ¿Todavía tienes valor para decir eso? Le dieron otro tiro, y cayó en tierra. Cuentan que, antes de matarlo, le dijeron que, si se hacía de ellos y blasfemaba, no lo matarían, y él contestó: Yo soy de Dios, y a Dios quiero ir.

»Cuando el Juzgado fué a levantar el cadáver, lo encontró con el Escapulario de la Santísima Virgen del Carmen al cuello, el Crucifijo en una mano y el Rosario en la otra, cuyos objetos — dicen — quisieron arrebatarlos de las manos los asesinos, pero no lo pudieron conseguir, pues los tenía asidos muy fuertemente.»

230

(17) Escudero Olarieta, Vicente

Nació el día 27 de octubre de 1883. Capellán de las Carmelitas. Murió asesinado el día 19 de septiembre de 1936, antes de medianoche, en el cementerio, con otros dos. Padres: Felipe Escudero García † y Martina Olarieta †. Hermanos: Tomás †, Juliana †, Policarpo †, Santos †, Mariano † y Raimunda.



Ordenado sacerdote en 24 de junio de 1909, asistió durante seis años, como familiar, al señor Obispo de Guadix, siendo después nombrado capellán de las Carmelitas de Cuenca, en cuyo cargo sirvió a Dios con toda fidelidad veintiún años consecutivos, hasta su muerte. Fué también profesor del Seminario y de la Escuela Normal, y estuvo empleado en las oficinas de la Curia Eclesiástica. Don Vicente fué un sacerdote ejemplar en todo momento: humilde y de vida oculta, fiel cumplidor de sus deberes, muy piadoso, apacible, laborioso y ordenado en todo. En el convento, admiraban las religiosas su humildad, su exactitud y puntualidad, su espíritu de oración y su modestia; en los veintiún años de su capellanía nunca alteró las horas de los oficios por su conveniencia, ni en el locutorio levantó los ojos para ver a las religiosas, que sólo distinguía por la voz. Era venerado por cuantos le conocían; los pobres le amaban como a padre, y él los socorría generosamente, sin ser conocida su caridad. El día 19 de

septiembre de 1936, por la noche, fueron a buscarlo a su casa unos milicianos armados de pistolas y fusiles, los cuales maltrataron cruelmente a él y a su hermana. Los milicianos declararon que iban a matarlo por sacerdote y porque amparaba a sus sobrinos, los hijos de don Germán Olarieta, que también había sido asesinado por los rojos. Cuando lo llevaban al cementerio para asesinarle, sin causa y sin proceso, decía muchas veces: «¡Viva Cristo Rey! ¡Viva España!...» Y una vez le dijo un miliciano: «Cállate, que ya lo has dicho bastantes veces.» En el cementerio fué atado a un árbol, en compañía de don Claudio Recuenco, de Fuensanta, y de don Adolfo Villalvilla, de Valdeganga, y todos fueron asesinados a tiros de ametralladora, exclusivamente por su carácter sacerdotal y su condición de católicos, ofreciendo sus vidas por la salvación de España y en testimonio de la Fe cristiana.

231

(18) Español Berdié, Fernando

Nació el día 11 de octubre de 1875. Abogado y Canónigo. Murió asesinado el día 9 de agosto de 1936, con el señor Obispo. Padres: José Español Francés † y Constantina Berdié Ferraz †. Hermanos: José, Luis, Teresa (Religiosa Adoratrix), Felisa (Religiosa Adoratrix) y Carmen. Cfr. vol. I.

232

(19) Garro Cercós, Francisco

Nació el día 17 de septiembre de 1867. Secretario jubilado de Ayuntamiento. Murió asesinado el día 25 de agosto de 1936, a las doce de la mañana, en el kilómetro 15 de la carretera de Villalba. Casado con Dominica López Lahuerta (* 20-XII-1863). Hijos: Rodolfo (* 25-XI-1894), Padre Paúl, Felicidad (* 7-X-1895), Darío (* 25-X-1902) y Carolina (* 6-III-1906).



Era persona muy piadosa y muy patriótica. Tenía fama de trabajador y honrado en los pueblos donde estuvo desempeñando su cargo de Secretario de Ayuntamiento. Muy caritativo y limosnero, decía a sus hijas, refiriéndose a los pobres que visitaba: «Hijas mías, si vierais cómo están y cómo viven...» Al iniciarse el Movimiento Nacional se refugió en casa de su hija, donde lo encontraron. Al detenerlo, decíanle violentamente: «Al frente, al frente; no se esconda... ¿Y sus hijos? ¿Dónde están?...» En vista de que no podían coger a sus hijos, detuvieron también a su mujer y a su hija Carolina, encerrándolas en la cárcel durante un año y nueve días, despojadas de todo lo que tenían. Lo condenaron a muerte con grandes fiestas y algazara; y después de muerto, registraron el cadáver y le

encontraron la medalla de la Milagrosa, profiriendo blasfemias y palabrotas, diciendo: «De poco le han servido al Secretario las medallotas que llevaba...» Con la sangre derramada por Cristo y por España, selló una larga vida de honradez, de trabajo, de patriotismo y de piedad cristiana.

233

(20) **Gómez Jiménez, Enrique María**

Nació el día 15 de julio de 1865. Beneficiado jubilado de la Catedral de Almería. Murió asesinado en Cuenca, cerca de la Plaza de Toros, el día 12 de agosto de 1936.



Nació en Cuenca, y estudió la carrera eclesiástica en el Seminario Conciliar, ordenándose de presbítero el día 26 de mayo de 1888. Desde esta fecha hasta 1903, ejerció el sagrado ministerio en Villaescusa de Palositos, San Clemente, Belmonte, Cólliga y Colleguilla. Por oposición, ganó en 1913 el Beneficio de segundo sochantre y bajo de la Catedral de Almería, que después renunció, trasladándose en 1909 a La Plata, en la Argentina, donde fué

capellán de Hinojales, coadjutor en la ruralía de San Nicolás y curavicario interino en Chivilcoy. Volvió a España dos veces, y dos veces también ganó el mismo Beneficio que había renunciado, y se hallaba siempre vacante, por no haber sido nunca aprobados los opositores. En Almería fué nombrado capellán del Asilo de los Ancianos Desamparados. Por prescripción médica, en su vejez, con dispensa pontificia, abandonó Almería y volvió a su ciudad natal, donde halló el martirio. Toda la vida sacerdotal de don Enrique estuvo influida por su devoción especialísima hacia la Santísima Trinidad, cuyo Trisagio rezaba diariamente.

Unos meses antes de estallar la revolución, cuando el desorden social ya se iba instaurando, decía don Enrique a un amigo: «Amigo, hay que defenderse», y el amigo le respondió: «Don Enrique, si la muerte no se acepta sin resistencia, el martirio no se obtiene.» Y don Enrique replicó: «Pues así lo haremos...» «Mire — decía él a su anciana sirvienta —, cuando vengan a buscarme, no hable mal a los milicianos, ni les diga que no estoy, pues yo no quiero defenderme, porque el Señor tampoco se defendió cuando lo iban a matar.»

A las diez menos cuarto de la noche, el día 12 de agosto de 1936, cuatro milicianos, con fusil y machete calado, después de intimar al vecindario el cierre de balcones y ventanas, llamaron a la puerta de la casa del anciano sacerdote, y se lo llevaron, «para dar una pequeña

declaración». Al llegar a la calle, los milicianos quisieron conducir al anciano hacia el Puente de San Pablo, para arrojarle de allí al río, según se dijo, y «proclamar después el suicidio de un sacerdote». Don Enrique se negó rotundamente a tomar aquella dirección, y batiéndose en los escalones de la Plaza Mayor, dijo: «Allí no voy yo, no; matadme aquí, en la plaza.» Y lo montaron en el «coche de la muerte», que empezó a deslizarse por la calle de Alfonso VIII, llevándose otra víctima más.

En frente de la Puerta de San Juan, paró el coche, y los asesinos forcejearon con el anciano sacerdote, porque les bullía la idea de arrojarlo a las aguas del río Júcar, «para proclamar igualmente el suicidio del sacerdote». Pero don Enrique, de fuerzas hercúleas, se opuso a tal intento, y retornó al asiento del coche. Pónense otra vez en marcha, cruzan la Audiencia, el Instituto, Carretería, la Ventilla, y llegan a la Plaza de Toros... A los pocos minutos se oyen unas descargas de fusilería, mientras los labios del sacerdote asesinado lanzan al aire estos gritos de Fe y Caridad: «¡Viva Cristo Rey!... ¡Viva España!... ¡Perdón para los que me matan!...»

234

(21) **González Espejo, Matías**

Nació el día 24 de febrero de 1873. Procurador. Murió asesinado el día 4 de agosto de 1936, a las dos de la madrugada, en el camino del Cementerio. Casado con Margarita Cruz de la Ossa (° 10-11-1867), que murió el día 16 de octubre de 1938, a consecuencia de las persecuciones y heridas que le causaron los rojos. Hijos: Angustias (° 11-1X-1906) y Ramón (° 18-1X-1908).



Entusiasta de la Causa Nacional, en cuyo servicio había puesto su fe y su patriotismo, consideraba seguro el triunfo del Movimiento Nacional. Fué sacado violentamente de casa, y asesinado poco después.

235

(22) **Goñi Ariz, Miguel**

Nació el año 1902. Padre Redentorista. Murió asesinado el día 22 de julio de 1936, junto a la capilla de las Angustias.

El Padre Miguel era navarro. Dotado especialmente para el apostolado, «ardiente y amable», atraía los corazones. Con el Padre Olarte, se refugió en casa de don Enrique Gómez, otro sacerdote mártir, el día 22 de julio de 1936, después de abandonar el convento. Advertidos

por los milicianos, éstos penetraron violentamente en la casa, arrastraron bárbaramente a los dos indefensos religiosos y los asesinaron, junto a la capilla de Nuestra Señora de las Angustias. El Padre Goñi «tardó en morir varias horas, desangrándose y padeciendo horrores», en una agonía sangrienta, de fe y de amor a Dios y a España.

236

(23) Gorosterratzu Unin, Javier

Nació el año 1877. Padre Redentorista. Murió asesinado el día 10 de agosto de 1936, en el cementerio de Cuenca.

El Padre Javier era navarro, y había trabajado casi toda la vida en las residencias de Pamplona y Madrid. Era infatigable en el estudio y en el apostolado, cumpliendo siempre sus deberes «con celo y con éxito». Había publicado varias obras y había sido pensionado por la Diputación de Navarra. Era español y religioso de «principios y de hechos», «con profundidad y solidez». Desde el día 22 de julio de 1936, en que se vieron obligados a salir del convento, estuvo refugiado primero en la casa de una familia piadosa, y luego en el Seminario, de donde lo sacaron el día 10 de agosto, para asesinarlo en las tapias del cementerio, donde sacrificó su vida por los «valores históricos incontrastables, que hicieron a España y a Navarra grandes», por la Religión de Cristo y por la Patria. En los dos sitios de su refugio, «su constante tarea consistió en rezar y prepararse para un próximo desenlace».

237

(24) Herráinz Valenciano, Ángel

Nació el día 6 de mayo de 1893. Farmacéutico en Illana (Guadalajara). Murió asesinado el día 13 de noviembre de 1936, a las once de la noche, en el cementerio de Cuenca. Casado con Amparo Villanueva Fuerte (* 30-V-1894). Hijas: Asunción (* 22-IV-1922) y Milagros (* 12-IV-1929).



«Era persona de una gran piedad y buen trato. Fué esclavo de su profesión, muy amante del desvalido, sentía un cariño excesivo por su pueblo natal», consiguiendo verlo abastecido de aguas potables. Ante el temor de ser perseguido, en pleno momento revolucionario, con su familia, se refugió en Cuenca, donde lo cogieron preso el día 13 de noviembre de 1936, asesinándolo en el cementerio, a las pocas horas. «Recibió el martirio con resignación, demostrando ser un caballero cristiano y patriota.» Murió gritando: «¡ Viva la Virgen del Socorro!... ¡ Viva España!... »

238

(25) Laplana Torres, Manuel

Nació el día 26 de abril de 1895. Beneficiado de la Catedral. Murió asesinado. Cfr. vol. I.

239

(26) Lázaro Cava, Santos

Nació el día 1.º de noviembre de 1871. Abogado. Murió asesinado el día 16 de agosto de 1936, en el camino de San Isidro. Casado con Elena Corral y García de Quirós. Hijos: Gloria, Elena, Santos, José María y Pilar.



«Profunda y sinceramente católico en sus sentimientos religiosos, consagrado a la ciencia del Derecho en sus actividades profesionales, era el señor Lázaro Cava ciudadano honrado a carta cabal, que por su caballerosidad, cristiana bondad, noble proceder y acendrado patriotismo, le acarrearón durante su vida plenamente su enaltecimiento.

«Cursó la carrera de Leyes en la Universidad de Salamanca, y previo un período de preparación práctica, acomete con entusiasmo el ejercicio de la Abogacía, a la que había de dedicar continuos desvelos y dilatadas vigiliias, que pronto quedarían compensadas con la obtención de un puesto preeminente en el foro conquense. Políticamente, militó en el partido de don Antonio Maura. Profesionalmente, asesora al Obispo y Diócesis conquense, y obtiene continuos y destacados éxitos en cuantos asuntos se le confían, alcanzando el Decanato del Ilustre Colegio de Abogados. Desempeña durante varios años los cargos de Abogado-Fiscal y Magistrado suplente.

«Fiel siempre a sus creencias religiosas y a cuanto externamente servía para enaltecerlas, es entusiasta y devoto de la Semana Santa conquense, perteneciendo a varias Hermandades y cumpliendo sus deberes con gran fervor.

«En su vida privada se caracterizó siempre por su conducta ejemplar y caballerosa. De sincera afabilidad y cortés trato, tenía un elevado concepto de la amistad, a la que no traicionaba jamás, aunque su reconocimiento significase algún peligro, como ocurrió con motivo de la arbitraria persecución, y expulsión, por fin, por el Gobierno del Frente Popular, de los PP. Paúles, con anterioridad al Alzamiento Nacional, cuando, reclamada su ayuda por el Padre Morales, Superior de la Congregación, y en circunstancias en que tan frecuentes eran el temor y la claudicación, acepta plenamente el mandato, gestiona, indaga y acude, en fin, personalmente al Gobierno Civil, en vindicación de los legítimos

derechos de aquella comunidad. Cuando fué asesinado uno de sus más íntimos y queridos amigos, pocos días después del 18 de julio de 1936, no obstante habersele avisado confidencialmente que no se mezclase en el asunto, ante el cariz que iban tomando los acontecimientos, practica las gestiones oportunas, a fin de obtener noticias sobre su paradero, y hallado su cadáver, manda a uno de sus hijos para que acompañe a la familia de la víctima en lo necesario para su inhumación. Y cuando fué detenido el Obispo Mártir don Cruz Laplana y Laguna en el Seminario Conciliar, convertido en cárcel, le llama telefónicamente y se interesa por su estado.

«Poco tiempo había de tardar en unirse a los suyos, pues a Cava — por este segundo apellido era más generalmente conocido — le estaba reservado también un puesto en el Martirologio Nacional. El día 4 de agosto de 1936 es detenido por las llamadas *Milicias del Pueblo*, al servicio de la revolución marxista, y el hombre que había hecho de la Ley norte y meta de su vida terrena, tiene que padecer en su propio ser la más excepcional de las ilegalidades. Ese mismo día, a las doce horas, acuerdan quitarle la vida, y le encierran en la Prisión Provincial, donde convive con buenos amigos y caballeros sin tacha, perseguidos también por sus ideales. Días de aterradora incertidumbre, de trágicos presentimientos, en los que, no obstante su avanzada edad, se muestra su característica personalidad, jovial y optimista, esperanzadora en todo momento, fruto de su arraigada e indestructible fe, consoladora para los de espíritu más decaído y alentadora para todos en tan penosas circunstancias. Tal fué su actitud, según referencias de alguno de los que milagrosamente lograron sobrevivir.

«Corto había de ser su cautiverio. En la noche del día 15 al 16 del mismo y sangriento mes de agosto de 1936, el tenebroso y obscuro veredicto de los artífices del mal resuena con lúgubre eco en los viejos muros del Castillo conquense: Santos Lázaro Cava es llamado al martirio. Se muestra tranquilo delante de sus verdugos, muchos de los cuales le son conocidos. En la forma brutal y despiadada que caracterizaba a aquellos sicarios del crimen, es conducido, para consumarlo en su persona, a un lugar cercano a la propia Prisión; su noble y despejada frente es atravesada por una bala rencorosa. Las inmediaciones del cementerio de San Isidro fueron testigos de los últimos momentos de agonía de una vida ejemplar, de raras virtudes cívicas, que se condujo siempre bajo la advocación de Dios y el bien de su Patria, a la que ofreció y dejó escrito el postrer mensaje de su sangre, que habría de obtener más tarde, como sublime contestación, el triunfo y rescate de España de manos de los que tanto la ultrajaron.»

(27) **López-Guerrero Portocarrero, Alfonso**

Nació el día 10 de julio de 1882. Canónigo. Murió asesinado el día 9 de agosto de 1936, de madrugada, en el kilómetro 9 de la carretera de Cuenca a Tragacete. Padres: Vicente † y Asunción †. Hermano: Pedro César (ilustre militar).

Don Alfonso era muy virtuoso y un entusiasta patriota. Además de Caballero de Montesa, Infanzón de Villenas y Capellán Real, había sido Canónigo de Ciudad Real, antes de serlo de Cuenca. Después de la República, se ofreció voluntariamente al señor Obispo, para ejercer la cura de almas donde fuera conveniente al servicio de la Diócesis, por lo cual fué nombrado ecónomo de Barajas de Melo. Don Alfonso era afable, bondadoso con todos, muy caritativo con los pobres y amigo de los humildes; nunca hizo mal a nadie, y a todos siempre dispensó todo el bien que le era posible o podía alcanzar de otros. Fué asesinado exclusivamente por su carácter sacerdotal.

(28) **Martínez de Toro, Eloy**

Nació el día 25 de junio de 1900. Sacerdote, Profesor del Seminario. Murió asesinado el día 3 de enero de 1937.



A los trece años empezó el Bachillerato, y cuatro años después ingresó en el Seminario de Cuenca, pasando luego al de Toledo, donde se doctoró en Sagrada Teología, el día 5 de junio de 1922. A partir de esta fecha, fué profesor y superior del Seminario de Cuenca, hasta su muerte. Al mismo tiempo siguió los estudios universitarios y se licenció en Filosofía y Letras. En Cuenca organizó los Estudiantes Católicos, los Padres de Familia y el Colegio Fray Luis de León, junto con Hermanos Maristas. El Comité Rojo de Garcinarro lo persiguió sañudamente y lo entregó al Tribunal Popular de Cuenca, que lo absolvió, al parecer, irónicamente, con otros fines. Después, «los dirigentes rojos ponen una multa de 3.000 ptas. a la familia, para pagar a los asesinos», y lo encierran en los calabozos de la Jefatura de Seguridad, de donde lo sacaron los comunistas, quienes lo martirizaron cruelmente durante dos días y le dieron una muerte espantosa, oyéndose de lejos los gritos de dolor. El cadáver, al ser exhumado en octubre de 1940, se encontró entero e incorrupto, y en la caja había como «un cubo de sangre líquida, como la que sale de las venas, cuando se pincha en ellas», y que echaron en la sepultura.

Don Eloy fué siempre un sacerdote ejemplar, dedicado al servicio parroquial y a la formación de los seminaristas. Era un alma de ideales, que no miraba los bienes ni buscaba honores terrenos; en aras del ideal, por Dios y por la Patria, estaba dispuesto a sacrificarlo todo, como lo hizo al ofrecer su vida a Dios por la salvación de España.

242

(29) Martínez Gallego, Pascual

Nació el día 17 de mayo de 1871. Primer Oficial jubilado del Ayuntamiento. Murió asesinado el día 3 de octubre de 1936, a mediodía, en Chillarón, en la carretera de Jábega. Casado con Jesusa Durango Frías (* 13-I-1875). Hijos: Leocadio (* 9-XII-1897) y Concepción (* 22-XI-1899).

Era un caballero cristiano, fiel cumplidor de sus deberes, gran patriota, de sentimientos muy nobles, ejemplar y muy formal en toda su conducta. Sentía con entusiasmo la Causa Nacional, y, por servirla con nobleza, abandonó su cargo. Se había refugiado en Chillarón, en casa de su hija, donde pasaba la vida en oración. Todas las noches rezaba el Santo Rosario con la familia; en la soledad, rezaba a la Virgen de Cañaveras, cuya imagen estaba encima de una cómoda: sobre la mesita de noche tenía su devocionario, y en la cartera llevaba una imagen de la Virgen de las Angustias y una fotografía del Santo Cristo de las Angustias, del cual era muy devoto. Lo cogieron preso con el pretexto de tomarle declaración, a las doce y cuarto del día 3 de octubre de 1936, y a los quince minutos, estaba ya en la carretera muerto. Lo asesinaron — según dijeron los mismos asesinos — «sólo por ser de derechas y muy católico».

243

(30) Martínez Martínez, Juan Bautista

Nació el día 14 de febrero de 1875. Beneficiado de la Catedral y mayordomo del Seminario. Murió asesinado el día 28 de agosto de 1936, junto al cementerio de Cuenca. Padres: José † y María †. Hermanos: Mariano †, Augusto, Claudio, Antonio, María †, Francisco, Fernanda y José.

Sacerdote ejemplar, noble y generoso, fué en todo momento exacto cumplidor de sus deberes. Desempeñó la cura de almas en diversos destinos, con el mayor celo, captándose el respeto y el cariño de sus feligreses por su caridad, su prudencia y su carácter, siempre amable. Al iniciarse el Movimiento Nacional, se encontraba en el Seminario, con el señor Obispo, de donde fué trasladado al hospital, por haber enfermado de pena ante las vejaciones hechas por los marxistas al señor Obispo. Su hermano, temiendo la suerte que le estaba reservada, quiso

llevarse consigo, pero él se negó a seguirle, diciendo: «No quiero huir, porque no quiero traicionar mi cargo y mi fe...» «Si muero, nunca estoy mejor preparado que ahora...» «No quiero perder la ocasión del martirio...» Del hospital fué llevado, «como ensimismado» y fuera de sí, con 42° de fiebre, hasta el cementerio, donde lo asesinaron por Dios y por España.

244

(31) Martínez Recuenco, Cesáreo

Empleado. Murió asesinado el día 9 de agosto de 1936, de madrugada, en el Puente de la Sierra. Casado con Sira Gallardo Sánchez †. Hijos: Pilar (* 9-XII-1916) y Angustias (* 19-XII-1918).

Don Cesáreo Martínez se distinguió siempre por su vida ejemplar de cristiano práctico y entero, sobreponiéndose, en todas las circunstancias, a los sentimientos bajos y a la conducta rastrera de los ambiciosos. Por su honradez y su piedad cristiana, fué perseguido encarnizadamente desde la instauración de la República: los concejales republicanos le amenazaron de muerte y le obligaron a dejar el cargo, que por oposición había ganado y desempeñaba con toda honradez en el Ayuntamiento, alegando únicamente que era un «carca» y «que comulgaba todos los días». Perseguido, sin empleo y sin esperanza de encontrar un puesto donde trabajar, todo lo soportó con resignación y paciencia admirables, sabiendo que solamente le acusaban de ser muy católico. «Entonces — dicen sus hijas — llegó a mirar con alegría, cara a cara, la situación, y con su corazón puesto en Dios, nos animaba a todos, y hasta demostraba contento, al pensar que el Señor le distinguía de un modo especial.»

Siempre se había dedicado con ardor a las obras piadosas: como fundador y Secretario del Comedor de Caridad, como Presidente de la Adoración Nocturna y de la Conferencia de San Vicente de Paúl. Por estos cargos, socorría y trataba a buen número de pobres y necesitados, a los cuales enseñaba y confortaba espiritualmente. Su caridad no tenía más límite que el de su posibilidad; donde conocía una necesidad, allí se presentaba él a remediarla, en lo que podía. Dios mejor que nadie sabe cuánto amaba a sus prójimos, a quienes nunca deseó más que toda clase de bienes; si le hablaban mal de sus enemigos, respondía que un alma de ellos valía más que toda la tierra.

En la noche del día 8 de agosto de 1936, sonó un trágico alarido en su casa, y palideció mortalmente, comprendiendo lo que aquello significaba; pero cuando subieron a su piso los milicianos, armados de pistolas y fusiles, y le mandaron que fuera con ellos, tranquilo y sereno, entró en su dormitorio, donde tenía una imagen del Sagrado Corazón de Jesús, y con voz firme rezó así: «Dios mío, tuya

es mi vida; si hoy la quieres, tómalala...» Después de una breve oración en silencio, salió donde los escopeteros le esperaban, y entre ellos reconoció a un cabecilla, que de él había recibido muchos favores, y el cual le dijo: «Yo le conozco, pero no puedo hacer nada...» Sus hijas le siguieron detrás por las escaleras, y al llegar a la puerta, donde esperaban tres automóviles llenos de milicianos armados, las abrazó su padre con tanta serenidad y entereza, que algunos milicianos lloraron conmovidos. De aquellos instantes cuenta su hija: «Ante el temor de que en sus últimos momentos flaquease su ánimo de dar la vida por Cristo, al abrazarle, le dije: *Papá, acuérdate que hay otra vida.* A lo que él respondió: *Sí, hija; por eso muero tranquilo... Perdónalos, como yo los perdono, y si les puedes hacer bien, hacédselo.*» A él se lo llevaron en un coche, donde — según el testimonio de una miliciiana que estaba dentro — les iba exhortando a dejar aquel camino de crímenes, y también cantaba: «Corazón Santo, — Tú reinarás, — Tú nuestro encanto — siempre serás...» Pronto, poco después de la medianoche, al comenzar el día 9 de agosto, en el Puente de la Sierra, donde veinticuatro horas antes había muerto el señor Obispo de la Diócesis, con su leal familiar, entregó también don Cesáreo su vida por España, formando con los brazos la Santa Cruz y llevando el Rosario sobre el pecho, con el alma actuada en la fe y en el amor de Dios.

245

(32) **Martino Martino, Eusebio**

Nació el día 13 de septiembre de 1872. Profesor jubilado de la Escuela Normal. Murió asesinado el día 13 de noviembre de 1936, de madrugada, en la tapia del cementerio. Casado con Teresa Casamayor Garf (° 5-X-1880). Hijos: José (° 27-II-1908), Augusto †, Juan de la Cruz (° 24-XI-1913), Eusebio †, María Natividad (° 8-IX-1918) y Elena (° 3-XII-1921).



Había nacido en Anta de Rioconejos (Zamora), y de niño empezó a estudiar la carrera eclesiástica; pero, estimando que no tenía vocación verdadera para ser ministro del Señor, dejó los estudios del Seminario y se hizo maestro. Como tal, dejó en las escuelas donde estuvo un grato recuerdo de su honradez y exactitud en el cumplimiento de sus deberes. Fué profesor de las Escuelas Normales de Valencia, Teruel, Logroño, Salamanca y Cuenca.

«Su sólida formación religiosa, la estrechez y delicadeza de su conciencia concentraban en la función docente toda su actividad y preocupación. El estudio persistente le dotó de una cultura poco común, que él supo llevar siempre con la modestia y el sigilo de los verdaderos

sabios. Procuraba de tal manera la justeza en sus calificaciones, que siempre fueron para él los días de exámenes jornadas de preocupación y de insomnio. Pundonoroso hasta límites insólitos, pidió la jubilación el año 1932, por estimar una farsa el nuevo plan de estudios aplicado por la República a las Escuelas Normales, y una indignidad prestarse a ella; no le disuadieron ni los requerimientos de amigos ni las súplicas de su esposa haciéndole considerar que sus ingresos se reducían casi a la mitad, cuando la formación de sus hijos reclamaba más recursos. Su vida austera, casi de cartujo, apartado en absoluto de las contiendas políticas y de toda actividad pública que no fueran sus clases, la ejemplaridad de su conducta, su serenidad y su corrección exquisita, hicieron de él uno de los profesores más competentes de las Normales españolas y uno de los hombres más dignos.»

Los asesinatos nocturnos y alevosos del señor Obispo y de los otros sacerdotes, los días 9 y 10 de agosto, le hicieron comprender el carácter verdadero de la revolución roja, esencialmente anticristiana. Por eso, el mismo día 9 de agosto de 1936, escribió su testamento hológrafo con unas instrucciones que contenían esta frase: «Si me matasen...» Del testamento entresacamos los siguientes párrafos, que contienen su última y eterna voluntad:

«Primero. — Soy católico, y como tal, creo y confieso lo que cree y confiesa la Santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana, y en esta fe quiero vivir y morir...»

«Sexto. — Encomiendo mi alma a Dios, mi Criador, y quiero que, ocurrido mi fallecimiento, se dé a mi cadáver sepultura eclesiástica con modestia y sencillez, se le amortaje con hábito franciscano, si es posible, y se prescinda de pompas fúnebres, reservando para el beneficio de mi alma lo que había de gastarse en pomposos funerales.»

«Séptimo. — Mando a mis albaceas testamentarios que, en sufragio de mi alma, manden celebrar dos trintenarios de misas, las cuales serán encargadas precisamente al párroco o cura encargado de la Parroquia del pueblo de mi naturaleza; quiero que la iglesia parroquial que recogió mi profesión católica, cuando fui bautizado, sea también el templo donde se eleven a Dios preces por mi alma, como último y valioso tributo a mi memoria.»

En un registro que hicieron en su domicilio, los milicianos rojos encontraron y leyeron el testamento: dos días después, era requerido para que se presentara en la cárcel del Seminario, y por la noche entregaba su alma a Dios, asesinado por los enemigos de Cristo, ofreciendo su vida por la Fe y por la Patria.

246

(33) **Merchante Sánchez, Alfonso**

Nació el día 17 de enero de 1880. Abogado y financiero. Murió asesinado el día 13 de agosto de 1936, en el Puente de la Sierra, camino de Villar de Olalla. Casado con Carmen Martínez Belvis. Hijos: María del Carmen y Alfonso.

Había cursado la carrera de Derecho en la Universidad de Madrid. Dedicó sus actividades a las finanzas, en las cuales se destacó por su capacidad y su moralidad, granjeándose el afecto de cuantos con él tenían relación. No aplicó a su exclusivo y egoísta bienestar su buena posición económica, sino que, con espíritu cristiano, socorrió con largueza a los necesitados y a los que a él acudían. «Los obreros, particularmente, tuvieron en él un primer adelantado en la defensa de sus avances sociales, sin que una sola vez salieran defraudados en las demandas que le hicieron. Los artistas conqueses encontraron en él un Mecenas, y los amigos, un corazón pródigo en ayudas económicas y morales.»

Actuó siempre en partidos derechistas, no escatimando su actividad, su dinero y sacrificios en la defensa de la Religión, que era la causa de España. Ocupó cargos de elección popular, siempre con las mayores votaciones, en la Diputación y en el Ayuntamiento de Cuenca. Rehusó los cargos que durante la República le ofrecieron, «considerando un delito de lesa Patria sumar su nombre al de los enemigos de Dios y de España».

Porque era buen cristiano, era también un gran patriota, bueno, generoso, humilde, amante de los obreros y de los pobres. Por eso, fué condenado a muerte por los dirigentes rojos. Establecido el dominio marxista, fué su casa una de las primeras saqueadas por la horda organizada por aquéllos. Con dolor y con razón exclamó don Alfonso: «Mi actuación social no merecía ese pago.» El día 22 de agosto de 1936, estando con su familia en Valencia, se presentaron en su busca dos «coches de la muerte», diciendo que «debía comparecer ante el Gobernador de Cuenca, para prestar una declaración». A las tres de la mañana del día siguiente, llegaban a Cuenca, y compareció don Alfonso ante los «tribunales de Checa». La sentencia dictada fué: «No encontramos nada punible en la vida de este ciudadano y, en consecuencia, que comparezca ante el Gobernador y decrete su libertad.» Le hicieron subir a un coche y se lo llevaron cerca del lugar donde unos días antes había sido asesinado el señor Obispo y su familiar. Le mandaron volverse de espaldas, a lo cual se negó, y valiente, cara a la muerte y a sus verdugos, con el pensamiento en Dios, a quien ofrecía la vida por

la Religión y por España, caía acribillado por las balas, después de gritar con energía: «¡Viva Cristo Rey!...» Los mismos asesinos, después del crimen, exclamaron: «No merecía este hombre haberle matado; fué bueno...»

Algunos días más tarde, sus dos hijitos, de seis y cuatro años, preguntaban a su madre: «¿Dónde está papá, que no viene a vernos y es tan bueno?» Y ella les respondió: «Dios le ha llamado a su lado, donde pedirá por vosotros y por el mundo, y dirá como Jesús en la Cruz: "¡Perdónalos, Señor, que no saben lo que hacen..."» Es el contenido de nuestra Santa Religión: Amor a todos, hasta a los enemigos.

247

(34) **Merino Pérez, José**

Canónigo Magistral. Murió asesinado el día 25 de octubre de 1936, junto a las tapias del cementerio municipal.

Don José Merino era un sacerdote muy estimado en toda la Diócesis y de unas dotes oratorias nada comunes. Su simpatía, su amor a los pobres y su celo por la verdad, así como su imaginación fascinadora y su palabra encendida, llenaban las iglesias cuando él había de predicar, y arrastraban al auditorio. Incansable predicador de la doctrina social de la Iglesia, en la cual está la única solución de los males de la sociedad, sólo por su carácter de sacerdote fiel a Dios y a la virtud, fué apresado y asesinado por los rojos, pues los obreros, en su mayor parte, le respetaban y le querían. De su oratoria nos ha conservado, el *Boletín Oficial de la Diócesis* (año 1922, págs. 446-463), el sermón que predicó el día 8 de diciembre de 1922, al celebrarse la fiesta de expiación y desagravio por los sacrilegios cometidos en Cuenca por los sectarios. Fué detenido en el convento de las Concepcionistas, convertido en cárcel, y obligado a sacar escombros de las ruinas causadas por los rojos. Sus compañeros de prisión estaban admirados de la «resignación fantástica» del señor Magistral, que estaba convencido de que lo matarían, y todo lo ofrecía por Dios y por España. El día de su martirio celebraba la Iglesia la fiesta de Cristo Rey, en la cual tantas veces había cantado las glorias y la Majestad divina de Nuestro Señor Jesucristo; aquel día, con más elocuencia que nunca, el Magistral de Cuenca, en medio de Chavarrí, de Pablo Cañas y del «Vasco», habló de Dios a los milicianos, que se disponían a asesinarlos, y terminó su vida de predicador cristiano con los gritos de la Fe y del Patriotismo: «¡Viva Cristo Rey!... ¡Viva España!...»

248

(35) **Mombiedro López, Rafael**

Nació el día 11 de enero de 1882. Farmacéutico. Murió asesinado el día 25 de septiembre de 1936, a las once de la noche, en el cementerio, con Algarra, etc. Casado con Flora de la Torre Pérez (* 11-IV-1885). Hijos: Flora (* 14-X-1914), Emilia (* 2-VII-1917), Rafael (* 14-V-1920), Gloria (* 7-IX-1921), Luis (* 5-X-1923) y María (* 12-I-1925).



«De conducta intachable, vivía para el trabajo y para los suyos; de honradez acrisolada, alternaba su cotidiana labor con prácticas de piedad sincera. Su línea de conducta fué siempre recta hacia Dios y su Patria.» «Fué detenido a las diez del día 5 de agosto de 1936, por una cuadrilla de escopeteros, sólo por motivo de su fe y patriotismo, reflejados en su vida, modelo de cristianos y españoles.» Murió haciendo la señal de la Cruz y gritando: «¡Viva Dios y viva España!...» Momentos antes de salir para el martirio, y tras dos meses de cautiverio, esperando a cada momento ser sacado de la cárcel para ser asesinado, sobre todo en aquellas noches angustiosas de *saca*, escribió la siguiente despedida, entregada a su familia por el Juez de Instrucción, que la encontró en un bolsillo del cadáver: «Mis queridísimos míos Flora, Florita, Atanasio, Gloria, María, Emilia, Rafaelito, Gloria, Luis y María: Serán estas letras las últimas que escriba, y con todo mi corazón os dedico. Seguid todos siendo buenos y trabajadores, para bien de vuestra alma y de la Patria, nuestra querida España. Dios, que pronto ha de juzgarme, hará la justicia que tanto desagrado no ha sabido o querido hacerme. Muero inocente y con la tranquilidad de haber practicado siempre el bien. A-Dios, (sic) queridos míos, no olvidéis nunca a vuestro Rafael.»

249

(36) **Moreno Escudero, Luis**

Nació el día 21 de junio de 1905. Capellán de las Damas Catequistas en Santoña (Santander). Murió asesinado en agosto de 1937, en Entrambasaguas de Mena (Burgos). Hermanos: Restituto, Teodora, Francisco, Victoria, Ramón y Marcelino.

Había nacido en Briviescas (Burgos), y estudió la Filosofía y Teología en el Seminario de Cuenca, bajo la protección del señor Obispo, que lo ordenó de presbítero en septiembre de 1929. Poco después, el joven sacerdote se incorporaba en filas y era destinado a Santoña, donde, a la vez, fué nombrado capellán de las Damas Catequísticas. Proclamada la República y decretada la supresión del presupuesto del clero,

con tan graves consecuencias para la administración de la Diócesis y la vida de los sacerdotes, fué autorizado don Luis para continuar en Santoña, ejerciendo su ministerio sacerdotal. Consagrado por completo a los deberes de su capellanía y lleno de celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas, trabajó incansable en la predicación, por la cual fué pronto objeto de las persecuciones de los impíos, a quienes ofendía su piedad, su celo y su patriotismo. Estallada la revolución, se refugió en el convento de los PP. Capuchinos, de Montecano, donde fué reconocido por los marxistas, que lo trasladaron al penal del Dueso, en el cual había estado preso el General Sanjurjo. De allí fué trasladado con otros presos a un barco, anclado en el puerto de Santander, el cual, pocos días después, fué asaltado por una cuadrilla de milicianos, que asesinaron a más de un centenar de personas. Superviviente de este asalto, fué don Luis nuevamente llevado al penal del Dueso, de donde lo llevaron al frente de fuego. Allí, pocos días antes de la liberación de Santander, un miliciano que conocía bien al joven sacerdote, lo asesinó por la espalda y lo enterró, dejándole los pies fuera de tierra, sin que se haya sabido nada más de los últimos días de su vida.

250

(37) **Olarieta Crespo, Germán**

Nació el día 28 de mayo de 1894. Maestro. Oficial de Prisiones. Presidente del Tribunal de Menores. Murió asesinado el día 15 de agosto de 1936, a las doce de la noche, en el camino de San Isidro. Casado con Aurelia González Escudero (* 26-I-1896). Hijos: Antonio (* 15-VI-1924) †, Dolores (* 27-II-1925), Miguel (* 8-V-1927), Juliana (* 5-III-1928), Germán (* 24-IV-1930), Socorro (* 31-XII-1931) y Antonio (* 29-I-1937) †.



No es fácil describir en pocas líneas la silueta moral de don Germán Olarieta y dar una idea del ambiente idealista de su hogar cristiano y español. Don Germán era veterano de la Adoración Nocturna, instructor de la Juventud Franciscana, Secretario de la Asociación de Padres de Familia, protector del Sindicato Católico Obrero, socio de la Conferencia de San Vicente de Paúl, miembro de varias cofradías, periodista y corresponsal de la prensa católica, etc.

En todas partes actuaba como quien era: católico de piedad profunda, activo sin descanso, honrado sin sombra de mancha, apacible y candoroso, que a todo el mundo complacía y sólo hacía bien. En la cárcel, todos los presos eran objeto de sus favores y buenos tratos; de él se decía que «en España tenía la palma de haber tratado bien a los presos». Los presos lo alababan y siempre le guardaban cariño. Uno

decía de él: «¡Qué santo es don Germán! Todas las mañanas viene a visitarme, lleno de caridad, y a preguntarme si me falta algo.»

A la Fe, a la Patria y al cumplimiento de sus deberes, lo sacrificaba todo: el descanso, las distracciones, la hacienda y hasta la vida. Su patriotismo le hacía ver claramente la situación real de España, y comprendía los resortes secretos que preparaban la Revolución Roja. Antes del Movimiento decía: «Una muy grande se avecina; muchos moriremos, pero los que queden, vivirán en paz.» Y al hablar así, explicaba el origen providencial de la revolución como un castigo divino: «Ésta viene también de Dios...»

Al estallar la revolución, tuvo oportunidad de marchar al extranjero, pero no quiso abandonar su destino en la prisión de Cuenca, diciendo: «He dado siempre la cara, ¿y ahora he de abandonar mi puesto?... Yo no puedo abandonar mi deber, aunque me cueste la vida.» Durante los primeros días del Movimiento, los milicianos rojos llenaron la cárcel de sacerdotes y religiosos, los cuales hallaron en don Germán un gran protector, que les infundía esperanza y ánimo.

La misma tarde del día en que fué asesinado, al despedirse de su esposa y de sus hijos, que iban a rezar el Santo Rosario como de costumbre, les dijo: «Yo no solamente rezo el Rosario, sino también otras cosas por la salvación de España.» Cuando los milicianos lo sacaron de la cárcel, adivinando la intención que tenían de asesinarlo, se despidió de sus compañeros de servicio con estas palabras: «¡Adiós, hasta la eternidad!» Pocos minutos después, resonaron los tiros del martirio. Al saber la muerte de su marido, exclamó su esposa: «¡Bendito sea Dios!... Ha muerto por Dios y por España... Si antes he trabajado como cinco por tal causa, ahora trabajaré como ciento.»

Muerto el padre, comenzó la persecución de la familia. Su esposa fué presa en la cárcel desde el día 19 de enero de 1937 hasta el día 8 de enero del año siguiente, y dos de sus hijos murieron a causa de las privaciones, de los sufrimientos y de las impresiones recibidas. Les registraron la casa en busca de un sacerdote oculto en ella, y dijo la madre: «Somos católicos y a cada paso encontrarán cosas de la Religión... La vida de un sacerdote hay que defenderla; si por eso hay que ir a la cárcel, iré con gusto.» En su casa, un sacerdote celebraba la Santa Misa, guardaban la Eucaristía y rezaban muchas veces en común. Cuando la madre fué encerrada en la cárcel, se llevó algunas hostias consagradas, con las cuales pudo comulgar varias veces; después consiguió con todo secreto algunos libros de meditación y devociones, y también recibía de fuera más hostias consagradas. Durante el año de prisión, fué ella un apóstol de la piedad, del patriotismo y del perdón entre las reclusas, a quienes decía frecuentemente: «Hemos de sufrir

con resignación y conformidad...» A pesar de los registros y de la conducta furiosa de algunos «carceleros terribles» y de alguna «celadora malísima», que todo lo miraban y abrían hasta los melones, nunca le cogieron las hostias consagradas. En la cárcel, con todo sigilo, rezaban todos los días el Santo Rosario y hacían el Vía Crucis por España; los domingos leían en común el texto de la Santa Misa, y siempre hablaba de Dios e invocaba su santo nombre sin temor, aun delante de los mismos carceleros. En el tribunal del S.I.M. esta mujer fuerte, hablando de su esposo y de sí misma, confesó valientemente: «Los dos éramos católicos, apostólicos, romanos...» El día de Viernes Santo de 1937 fué trasladada la cárcel de mujeres a las ruinas del convento de las Carmelitas, y allí, «las paredes y todo nos hablaban de resignación, de paciencia y de santificación», como dijo esta esposa de un mártir al salir de la cárcel. Se juntaban para hacer labores de mano, y rezaban o leían libros piadosos; a veces comulgaban paseando por el patio, y tomando los aires puros de la mañana daban gracias al Señor. En la noche de Navidad de 1938, como no podían hacer otra cosa, leyeron la Misa, y al llegar al momento de la consagración, se arrodillaron y adoraron en espíritu al Señor, y después cantaron villancicos en voz baja y apagada... Con razón, esta mujer fuerte podía exclamar cuando salió de la prisión: «He sido feliz, y he rezado en la cárcel más que en toda mi vida»; y al pensar en su esposo mártir y en sus hijos, que volaron con los ángeles al cielo, mirando con valor a esta vida, podía decir confiada: «Es una providencia tan rica la que tengo, que nada me importa todo... Ellos cuidarán...»

251

(38) **Olarte Murdiguru, Ciriaco**

Nació el año 1893. Padre Redentorista. Murió asesinado el día 22 de julio de 1936, junto a las Angustias.

El Padre Olarte era vasco. Apóstol por vocación y por temperamento, «ardiente y amable», atraía los corazones para llevarlos a Dios. Durante la persecución de los católicos en Méjico, había sostenido la fe y la piedad en muchas almas. En la fecha indicada fué arrastrado por las calles, hasta la capilla de Nuestra Señora de las Angustias, junto con el Padre Goñi, por las turbas exaltadas para el crimen, que los sacrificaron, asesinándoles exclusivamente por su carácter sacerdotal y religioso.

252

(39) **Olmo Ferrer, Santiago**

Nació el día 25 de julio de 1893. Capellán de la Catedral. Murió asesinado la noche del día 18 de diciembre de 1936, en el cementerio de Cuenca.



Don Santiago cursó la carrera eclesiástica en el Seminario de Cuenca. Fué Coadjutor y después Ecnómico de Uclés, hasta 1929, en que fué nombrado Sacristán mayor de la Catedral conqueñense. En todos sus cargos fué siempre humilde, sencillo y profundamente piadoso, ganándose la simpatía de cuantos le conocieron y gozando siempre de la mejor reputación. Estallada la revolución, se refugió en casa de unos amigos, de donde lo sacaron tres milicianos armados, «para llevarlo a declarar», a las tres de la tarde, el día 13 de diciembre de 1936. Cuando fué sorprendido en la casa, don Santiago iba ya vestido de paisano, y dijo a los milicianos: «Si venís para matarme, decídmelo, porque si así es, quiero vestirme la sotana para morir con la ropa de sacerdote.» Don Santiago estaba dispuesto al martirio. En la casa donde se hospedaba, cuando oía hablar de los asesinatos cometidos por los rojos, decía: «El Señor quiere mártires... Somos muy malos, y Dios tiene que probarnos.» Una noche creyó que le prenderían para matarlo como a los demás sacerdotes, y se estuvo preparando con rezos y lecturas del Devocionario de la Virgen del Carmen. Apresado en dicho día, fué llevado al Cuartelillo, donde lo destinaron a limpiar retretes, llenándolo de insultos y haciéndole objeto de pésimos tratamientos. En la prisión rezaba el Santo Rosario con devoción singular. La noche del día 18 de diciembre fué sacado de allí por una cuadrilla de fusileros, que lo asesinaron en el cementerio, junto a la sepultura que había de recibir su cadáver. Años después, cuando fué exhumado para ser trasladado al nicho de familia, fueron hallados incorruptos su cuerpo y sus ropas. El motivo de su muerte fué exclusivamente su carácter sacerdotal.

253

(40) Ortega Montalbán, José M.^o

Nació el día 9 de diciembre de 1890. Carpintero. Murió asesinado el día 2 de enero de 1937, por la noche, en el cementerio. Casado con Ana María de San Julián (* 3-X-1899). Hijos: Lorenza (* 23-IV-1918), Jesús (* 24-XII-1920), Carmen (* 21-X-1924) y José María (* 21-11-1930).



Era católico práctico, miembro activo de la Conferencia de San Vicente de Paúl y de los Padres de Familia y propagandista entusiasta de las Hermandades y Asociaciones religiosas, habiendo sido fundador de las cofradías de Nuestra Señora de las Angustias y Nuestra Señora de la Amargura con San Juan Apóstol, en la parroquia de El Salvador.

Patriota abnegado, de laboriosidad y honradez intachable, cooperó a la fundación de la Agrupación Ciudadana y Agraria, y en las elecciones del año 1932 fué elegido concejal por gran mayoría de votos, defendiendo siempre en el Ayuntamiento la representación de los católicos y personas de orden. El 5 de septiembre fué detenido en su domicilio y conducido al Comité del Frente Popular, quien ordenó su encarcelamiento, que duró hasta el 20 del mismo mes, en que por orden de la autoridad judicial fué puesto en libertad. Mientras tanto, los marxistas clausuraron su taller, después de haberlo saqueado y robado, llevándose bancos, herramientas y todo lo demás. Poco tiempo después, tres milicianos de la Columna del Rosal, portadores de una orden de detención firmada por el Gobernador Civil de la provincia, lo detuvieron nuevamente, conduciéndolo al Seminario, donde al anochecer del día 1.º de enero de 1937 quedó incomunicado, siendo asesinado al día siguiente en el cementerio.

254

(41) Pérez Muñoz, Victoriano

Nació el año 1873. Canónigo Arcipreste. Murió asesinado el día 19 de agosto de 1936, en el cementerio de Cuenca.

Este anciano Canónigo, cumplidor exacto de sus deberes, que estaba enfermo de muchos años, fué sacado violentamente, después de medianoche, juntamente con otros sacerdotes, y asesinado junto al cementerio, sacrificando su vida en testimonio de la fe cristiana y por España. Fué asesinado exclusivamente por su carácter sacerdotal.

255

(42) Pinós Pinós, José

Nació el día 15 de agosto de 1912. Abogado. Murió asesinado el día 19 de noviembre de 1936, a las once de la noche, en el cementerio de Cuenca. Padres: Luis Pinós Fuero (* 27-X-1885) y Rosa Pinós Valls (* 30-XI-1886). Hermanos: Rosario (* 4-X-1914), Ramón (* 26-III-1917), Antonio (* 14-XI-1919), Asunción (* 15-VIII-1921) y Manuel (* 14-I-1924).

«Era persona muy laboriosa, de intachable conducta, piedad sincera y afable trato. Ejercía su profesión como un verdadero sacerdocio y gran entusiasmo. Sentía verdadero amor por la Acción Católica, a cuya Juventud pertenecía y de la que era Asesor jurídico y propagandista, realizando viajes, en unión del Consiliario de la misma, por las parroquias de la Diócesis. Fué apresado en su domicilio en unión de su hermano Ramón, sufriendo al propio tiempo el dolor de no poder auxiliar a su padre, herido gravemente por los marxistas, y luego conducido a la prisión de las juventudes libertarias, después, a la cárcel provincial, y por

último, a la del Seminario, interviniendo en ella un verdadero Judas, antiguo compañero suyo en la Juventud de Acción Católica. Durante su cautiverio se hizo acreedor al cariño de sus compañeros de infortunio, que le recuerdan con veneración, pues demostró un alto espíritu cristiano y patriótico, animando a todos, sin decaer un momento, hasta inmolarse su juvenil vida, para lograr el triunfo de la buena causa y de la Religión de Cristo. Durante su estancia en Madrid, para cursar los estudios de su carrera, pertenecía a la Juventud de Acción Católica de la parroquia de San Marcos, donde también conservan grato recuerdo de sus intervenciones. Al ser detenido y aconsejarle su padre que huyera, consejo que varias veces le había dado, por constarle el peligro que le amenazaba, se negó siempre rotundamente, diciendo que tenía el presentimiento de que, al no encontrarle a él, sacrificarían a su padre y prefería ser él la víctima. Recibió el martirio como caballero español y cristiano, cantando el Himno del Sagrado Corazón de Jesús y dando los gritos de: "¡Viva Cristo Rey y viva España!"

256

(43) Pozo Ruiz de Samaniego, Julián

Nació el día 7 de enero de 1903. Padre Redentorista. Murió asesinado el día 9 de agosto de 1936, en el cementerio de Cuenca.



El Padre Julián era vasco, de Payueta. Sencillo y simpático, estaba siempre alegre y dispuesto a servir a los demás, a pesar de la enfermedad constante que le aquejaba. El día 22 de julio de 1936 se refugió con otros religiosos en casa de una familia muy piadosa; seis días después se refugiaron en el Seminario. Su ocupación continua fué la oración y la preparación para el martirio, que veía próximo y seguro. El día 9 de agosto fué sacado

del Seminario, en compañía de don Crisóstomo Escribano, por los marxistas, que los asesinaron. El Padre Julián murió de rodillas y rezando el Santo Rosario.

257

(44) Ramos González, Emeterio

Nació el día 3 de marzo de 1913. Maestro nacional. Murió asesinado el día 12 de febrero de 1937, en la Venta de San Juan Romero (Uña). Padres: Eugenio Ramos Marín (* 15-XI-1877) y Gabriela González Gómez (* 17-III-1878). Hermanos: Natividad (* 25-XII-1907) y Asterio (* 21-X-1915).



Era un modelo de jóvenes en Cuenca: trabajador, estudioso, valiente y muy piadoso. Descando pasar a las filas nacionales, con su hermano Asterio y dos amigos más, Lumbreras y Benítez, también perseguidos por sus ideales, emprendieron el camino a través de los montes, penosamente, y rezando los cuatro, por la nieve y con frío intenso. Los cogieron cuarenta y dos milicianos, con escopetas, en el cerro de San Felipe (Montes Universales, Sierra de Albarracín); su hermano pudo salvarse, por la noche, lanzándose al río. Antes de matarlos les atormentaron bárbaramente. Su cadáver apareció con la cara mutilada y catorce impactos de bala.

258

(45) Roibal Pérez, José

Nació el día 10 de mayo de 1899. Mecánico. Murió asesinado el día 13 de abril de 1937, de madrugada, en la carretera de Ternel, término de La Melgosa. Casado con Bonifacia Tejedor Huerta (* 25-X-1899). Hijos: Carmen (* 15-V-1927) y Luis (* 30-VIII-1939).

Persona de sentimientos piadosos, muy laborioso y de intachable honradez, era un entusiasta propagandista de los candidatos católicos, destacándose por su gran actividad. Había cumplido sus deberes sociales por motivos de conciencia, por religión y patriotismo. Después del Movimiento Nacional fué apresado dos veces. A las siete de la tarde del día 12 de abril de 1937, cuando cumplía el trabajo para sustentar a su familia, una cuadrilla de escopeteros, con engaños, lo sacó del lugar donde trabajaba, se lo llevaron en un auto preparado para tal efecto, y sin formación de causa ni juicio, fué asesinado en la madrugada del día siguiente, por la Religión y por la Patria.

259

(46) Romero, Pedro

Nació el año 1871. Padre Redentorista. Murió el día 4 de julio de 1936, en la cárcel de Cuenca.

El Padre Romero, «anciano, entregado a la vida del espíritu», estuvo refugiado en el Asilo de los Ancianos Desamparados desde que los obligaron a salir de su convento, el 22 de julio de 1936, hasta el 22 de septiembre. Después fué amparado en diversas casas, y «con su breviarío bajo el brazo circulaba por calles y paseos, un tanto incauto», hasta que lo encarcelaron. «Hambre, tristezas, aislamiento y dolencia, todo cayó sobre el anciano Padre», que murió santamente en la cárcel, asistido por don Trifón Beltrán, Canónigo penitenciario, el 4 de julio

de 1938, el mismo día en que las autoridades rojas, irónicamente, decretaban su libertad de la cárcel.

260

(47) Rosa de Torres, Virgilio de la

Nació el año 1873. Capellán de las Justinianas, de Cuenca. Murió asesinado el día 6 de agosto de 1936, en la Dehesa de Embid, cerca de la alcantarilla grande, en la carretera de Sotos, junto con su sobrino (48). Padres: José † y Josefa †. Hermanos: Dolores, Carmen, Constantino †, Valentina, Juana, religiosa, y Máxima, imposibilitada.

Don Virgilio de la Rosa era sacerdote de conducta ejemplar, infatigable trabajador por la gloria de Dios. Había sido coadjutor en Priego, empleado en la Habilitación del Clero y capellán de religiosas durante veintisiete años. Espíritu bondadoso y apacible, nunca se incomodaba por nada; siempre estaba tranquilo y confiado en la Providencia. En alguna ocasión le dijeron sus hermanas: «¿Por qué no pides una colocación?...» A lo que respondió: «A mí dejadme... ¿No tenéis para comer? ¡No seáis ambiciosas!...» Cuando fueron a detenerlos a él y a su sobrino, lo encontraron rezando el breviario, y mientras los treinta o cuarenta milicianos registraban la casa en busca del sobrino, continuó rezando tranquilamente. Al llevárselo preso, dijo a los milicianos: «Nunca he hecho daño a nadie; yendo de paseo, me apartaba por no pisar a las hormigas...» Murió con la resignación y la entereza de los mártires.

261

(48) Rosa López, Constancio de la

Nació el día 8 de agosto de 1900. Padres: Constancio de la Rosa Torres y Joaquina López Sánchez. Hermanos: Antonia, María, Julián, Alfonso y otros siete más.

Los padres de Constancio, dedicados a la educación y sostenimiento de su numerosa familia, consagraron los mayores esfuerzos a mantener la tradición del hogar católico español. «¡Cuántas bellas lecciones, teóricas y prácticas, se dieron en aquel hogar!» El año 1931, después de la caída de la Monarquía, ante el derrumbamiento de la Patria, «esta familia, por natural impulso, aprestóse a formar en las filas de los que habían de luchar en nombre de Dios y de España».

Constancio se distinguió por su aplicación, religiosidad, serenidad ante los contratiempos de la vida y su gran espíritu combativo en defensa de la verdad, de la Religión y de la Patria. Desde 1931, puesto en relación con los paladines de la Causa Nacional, entre otros, con don Dimas de Madariaga y don Conceso Coso, fué propagandista y organi-

zador activísimo en toda la provincia, junto con otros jóvenes. Organizan centros, redactan artículos, pronuncian arengas, reparten hojas y candidaturas, colocan pasquines y hacen frente a los que violentamente quieren impedirles el ejercicio de la ciudadanía y la defensa de los ideales patrios. El 20 de noviembre de 1933 cayeron asesinados Carlos Mañas Escribano y Domingo Huete, jóvenes del grupo de propagandistas católicos al cual pertenecía Constancio. Les amenazan, les multan, los llevan a la cárcel, los ponen en las listas negras, les asaltan por la noche; pero ellos no se dejan amedrentar, y están dispuestos a ofrecer la vida por la Religión y por la Patria. En el copo de todos los diputados por la provincia de Cuenca, en las elecciones de febrero de 1936 y en el triunfo de la candidatura de José Antonio Primo de Rivera, en mayo del mismo año, cabe una parte importantísima a Constancio de la Rosa, héroe del ideal tradicional de España y de la Acción Católica.

El 19 de julio de 1936, a medianoche, se presenta delante de su casa una horda de marxistas, pidiendo su cabeza, sin atreverse a penetrar en la casa, donde está Constancio, y dejan establecida una guardia para que el joven no pueda huir. Pero éste, burlando la vigilancia, se refugió en casa de su tío don Virgilio, donde se escondió. Mas delatado su escondite, la horda, armada de fusiles, con candiles, faroles y cuchillos, lo descubrió, y se llevó al tío y al sobrino, atados de pies y manos, en dos «coches de la muerte».

Los milicianos hicieron sufrir a sus víctimas un martirio horrible, maltratándolos sin compasión y con refinamiento, mientras los tenían atados de pies y manos, con los palos, con los fusiles y con las otras armas. La horda, creciendo su furor sin cesar, no se sacia ni de los sufrimientos, ni de los tormentos, ni de la sangre, ni del ensañamiento con los cadáveres... En los coches se llevan a las dos víctimas por la carretera de Villalba, y asesinan primero a Constancio, en presencia de su tío, al cual, por burla, pidenle que rece un responso por su sobrino, cuyo cadáver mutilan y destrozan; acabado el responso del tío, rezado con gran fervor, asesinan también a don Virgilio, ofreciendo los dos su vida «por Dios y por España».

262

(49) Rubianes Ayllón, Benigno

Nació el año 1904. Alférez del 5.º Tabor de Regulares, de Alhucemas, n.º 5, Primera División de Navarra, con Medalla de sufrimientos por la Patria. Murió el día 30 de mayo de 1938, en Mosqueruela (Teruel), en el frente. Casado con Angeles López Carralero. Hijos: Eloy, María de los Angeles, José y María Teresa.

Era buen cristiano, valiente y desprendido. Al iniciarse el Movimiento Nacional, era sargento de Cuenca, y desde el primer momento se puso en contacto y a disposición de los nacionalistas. Incorporado en el ejército rojo, todos sus anhelos eran poder luchar en las filas nacionales, a las que se pasó. Ya en el Ejército Nacional, alcanzó la estrella de Alférez por su bravura y arrojo. Murió valiente, convencido de que sacrificaba su vida por Dios y por España.

(50) Sáiz Velázquez, Julián

263

Nació el día 17 de agosto de 1906. Hojalatero. Murió asesinado el día 14 de noviembre de 1936, de madrugada, en el cementerio. Casado con 1) Cristina †, 2) Hermenegilda Quicios. Hijas: María de los Dolores † y María Cristina.

Era un obrero piadoso, de convicciones hondas y prácticas, de honradez sin tacha. Pertenecía a la Juventud Católica y al Sindicato Católico Obrero. Al estallar el Movimiento Nacional, fué encarcelado en la Provincial, y después en la checa instalada en el Seminario y en el Cuartelillo, de donde el «coche de la muerte» se lo llevó hacia el cementerio. Por el camino, encarándose con los marxistas que lo llevaban, les dijo: «¿Adónde me lleváis?... Y siendo un obrero como vosotros, ¿me lleváis a matar?...» Entretanto, el «coche de la muerte» iba pasando por el camino, entre los cadáveres aun sangrantes de los otros mártires asesinados, y la nueva víctima, obligada a descender del coche, al ver aquel espectáculo sufrió un desvanecimiento, cayó en tierra, y allí le dispararon un tiro en la sien.

(51) Taboada Mora, Juan

264

Nació el día 8 de marzo de 1870. Sargento de la Guardia civil, retirado. Murió asesinado el día 20 de agosto de 1936, en Tarancón, a las dos de la mañana, al pie de una ermita, entre Tarancón y Belinchón. Casado con Rita Algarra Montoro (* 23-V-1884). Hijos: Cipriano (Religioso Franciscano, Comisario Provincial de Manila), Arturo, Julián, Arsenio, Pilar, Lucía, Juan y Josefa.



El día 20 de julio de 1936 asaltaron los rojos su casa, en Cuenca, por ser muy conocido por sus ideas católicas, por su piedad y honradez. Huyó con su mujer y sus hijos menores a Valdeganga, y de allí a la Parrilla, de donde los echaron, y marcharon a Pozorrubio con su hija, pero lo detuvieron, llevándolo a Tarancón. Tenía gran fe y mucha resignación, y decía a sus familiares: «Si Dios lo tiene dispuesto, lo llevaré con paciencia... Sé que me

van a matar, pero lo sufriré con resignación. ¡Tened paciencia, hijos míos!...» Murió con entereza de cristiano y valor de patriota. «Era un señor excelente, tanto en el orden moral como en el orden religioso, y muy trabajador.»

265

(52) Ternel Carralero, Adriano

Nació el día 8 de septiembre de 1895. Abogado, Profesor de la Escuela Normal de Maestros. Murió asesinado el 25 de septiembre de 1936, a las doce de la noche, en el cementerio. Casado con Gabriela Chamón Delgado. Hijos: Dionisio, Lorenzo y María del Carmen.



Muy patriota y piadoso, cumplía fielmente sus deberes de buen católico. El día 15 de septiembre de 1936 fueron a buscarlo a su domicilio, y lo tuvieron en la cárcel hasta el 25 del mismo mes, en que fué puesto en libertad junto con otros seis. A la salida de la cárcel fueron apresados por las hordas, que les esperaban, y en coches preparados al efecto los condujeron al cuartel de milicias, encerrándolos en una habitación, junto con el párroco de Albalate de las Nogueras. Sabiendo cuál sería su suerte, con resignación y entereza, se confesaron todos con dicho sacerdote, orando a Dios durante las pocas horas que les tuvieron allí, ya que a las once de la noche los sacaron en un coche y los condujeron al cementerio, donde, previamente amarrados, fueron muertos a tiros. «Tanto en los días que permaneció en la cárcel, donde celebraban prácticas religiosas diariamente, como en las tristes horas que vivió en el cuartel, nos consta que tuvieron todos resignación cristiana, al ver la trágica muerte que les esperaba, y pedían constantemente a Dios el perdón de sus pecados, la salvación de sus almas y el triunfo de las armas de la España católica.»

266

(53) Torralba Moreno, Aurelio

Nació el día 27 de julio de 1887. Corredor de comercio. Murió asesinado. Padres: Federico Torralba Real (* el año 1846) y Luisa Moreno Castro (* el año 1851). Hermanos: José (* el año 1875), Exaltación (* el año 1881) y Luisa (* el año 1884).



Había sido alcalde de Cuenca el año 1922, precisamente cuando se posesionó de la Diócesis el Obispo mártir. Era muy patriota, piadoso y amante de la familia. Los que fueron a detenerlo le echaron

en cara que habían encontrado entre sus papeles un recibo de socio de una hermandad, y él contestó: «Pertenece a todas las hermandades, de modo que, si por eso y por ser católico me han de matar, lo pueden hacer cuando quieran...» Era muy caritativo, favoreciendo continuamente a los pobres, y en los últimos días, durante el tiempo que estuvo en la cárcel, ayudó mucho a los detenidos, que estaban sin recursos. El espíritu religioso, que siempre fué característico en él, se le acentuó más aún en los días que precedieron al martirio, «pareciendo como si estuviera divinamente inspirado», ofreciendo la vida por la salvación de España.

267

(54) Tortajada Atienza, Fernando

Nació el día 30 de mayo de 1915. Mecánico. Murió asesinado el día 14 de noviembre de 1936, de madrugada, en el cementerio.



Era un trabajador honrado, laborioso, muy buen cristiano y entusiasta de la Causa Nacional, cuyo triunfo creía seguro. Había sido conductor de los coches para la candidatura de Primo de Rivera, para Fanjul y los otros candidatos católicos. El día 13 de noviembre de 1936, por la noche, fueron a buscarlo a su casa. Antes de marchar, dijo a su madre: «¡Ay, mamá! Si me matan, siempre diré: ¡Viva Cristo Rey!...» Antes de morir, tuvo un recuerdo para su madre, y cayó gritando: «¡Viva Cristo Rey!»

268

(54) Valencia López, Germán

Nació el día 23 de octubre de 1890. Capitán de Intendencia. Murió asesinado el día 7 de abril de 1937, en Cercedilla. Casado con Luz Fernández †. Hijos: Alberto (* 4-XII-1921), María de África (* 17-VIII-1923), José (* 19-III-1926) y Germán (* 2-III-1930).



Era buen cristiano, muy caritativo y entusiasta de la Causa Nacional. Destinado en los depósitos de Intendencia, auxiliaba a los católicos perseguidos y a los niños, llevándoles comida. Frecuentemente se le oía decir que ganaban la guerra los nacionales. Dormía en casa de un sacerdote. Descubierta su significación católica y su patriotismo, lo condenaron «por espía», asesinandolo en la misma Comandancia de Cercedilla.

269

(55) Vicente Vélez, Petronilo

Nació el día 31 de mayo de 1872. Capellán de la cárcel. Murió asesinado el día 31 de agosto de 1936, a las diez y media de la noche, en el término de Villalba del Rey. Padres: Pablo Vicente Sáiz † y Mauricia Vélez Mateo †. Hermanos: Leandro † y Martina †.



Don Petronilo fué un sacerdote celosísimo, ejemplar, muy culto y estudioso, de quien se podría escribir una biografía amplia, encantadora y muy edificante. Había nacido en Portalrubio de Guadalmejar, el 31 de mayo de 1872; de 1882 a 1895 estudió en el Seminario de Cuenca, hasta que en 30 de marzo del último año citado fué ordenado de sacerdote. El día 1.º de julio de 1897 tomó posesión de la parroquia de Moncalvillo, y en 18 de febrero siguiente ingresó, por oposición, en el Cuerpo de Capellanes de Prisiones, desempeñando su cargo sucesivamente en Gerona, Tarragona, Chinchilla y, finalmente, desde el 6 de marzo de 1912, en Cuenca, donde la República lo dejó cesante, en 31 de agosto de 1931.

En el desempeño de su ministerio sacerdotal resplandecieron siempre las virtudes, de que el alma de don Petronilo estaba ricamente adornada. Fué celoso e infatigable en la enseñanza de la doctrina cristiana en las parroquias y en las cárceles. Su misericordia y su caridad con los pobres y los reclusos no tenía límites: daba todo lo que tenía, hacía cuantos favores estaban a su alcance, y vertía su corazón entero hasta en los casos de la mayor abyección humana. Bondadoso y apacible, por el dominio de su carácter, su paciencia no se agotaba ni se alteraba. La piedad sacerdotal y las virtudes eran en este sacerdote el fruto de la gracia divina y de la educación recibida en el hogar de su bendita madre, cuya memoria siempre veneró con gran fervor, mas también eran fruto de su esfuerzo personal constante.

En sus sermones y conversaciones con los reclusos tendía siempre a regenerar sus almas y a santificar sus dolores con la caridad y la gracia. En un sermón dijo textualmente estas hermosas palabras: «Yo, sacerdote de Dios, venido a las prisiones, os amo con el amor de la Divina Misericordia, que a ellas me trajo para derramar en estas casas los consuelos de la fe católica. No puedo desatar las opresoras ligaduras de la justicia humana que aquí os retienen, aunque sí convertir las en fruto de contrición y de virtudes. El ric-rac de esos cerrojos me estremece, y al Señor ofrezco cuanto sufrís, y me espanta la sola idea de que a la cautividad unáis, ¡infelices!, la escasez de ideas religiosas...»

Don Petronilo era un buen sociólogo, quien desde su juventud se dio cuenta de los males históricos de su época y de la dificultad de aplicar remedios eficaces. La predicación, la catequesis, la prensa, el apostolado individual, todo debía ser empleado por todos en la lucha contra el liberalismo, calificado por él como el mayor mal de la Historia y la herejía más funesta de todos los tiempos. Contra el liberalismo empuñó su bien tajada pluma, la cual, con estilo sencillo y brillante a la vez, publicó en Barcelona, el año 1906, un interesante folleto, titulado *Realidades*, que descubre su alma, su cultura, su amor a la Iglesia y su inmenso patriotismo, como aparece ya en las siguientes palabras de la dedicatoria: «Estamos en los tiempos de las persecuciones. La Iglesia española sufre. Yo, el último de sus sacerdotes, lloro las desdichas de mi patria y salgo a la lid, en defensa suya, contra los enemigos de Dios.» Por su interés, creemos conveniente transcribir las siguientes líneas, con que termina el folleto citado y alabado:

«Cuando la piedad de mi Prelado me invistió las sagradas órdenes, recordé, de rodillas ante Dios, las primeras palabras que oí de mi amorosa y bendita madre: *¡Hijo mío! Sé muy bueno, que la Virgen te querrá mucho.* Y aquella buena mujer signó mi frente con la señal del cristiano, la Santa Cruz.

«Por fortuna, no olvidé jamás que la Cruz era mi destino. Y a la Cruz me debo, que si mi madre, desde la bienaventuranza beatífica, mis palabras oye, yo la digo desde lo más recóndito de mi corazón:

«*¡Madre mía! Soy sacerdote; la Cruz, cuyo signo hermoso se llame tantísimas veces en la frente de este hijo tuyo, sobre mi pecho se descubre; si por ella y en ella hubiere de perder la vida temporal, ofrezco a Dios el sacrificio de mi vida. Tú me enseñaste a ser cristiano, y en defensa de Dios y de su Iglesia santa publico Realidades, porque realidad muy triste es que los tiempos del Gólgota se aproximan, y yo quisiera morir abrazado a la Cruz de mi Señor.*»

Y Dios le concedió en la vejez, después de una vida llena de méritos, la muerte gloriosa del martirio. Al estallar el Movimiento Nacional, estaba don Petronilo en Cuenca, de donde marchó a su pueblo natal, el día 29 de julio de 1936, creyendo que allí, con su familia, estaría más seguro y podría esconderse con más facilidad. Antes de salir de Cuenca escribió en el manuscrito de un libro también titulado *Realidades* estas palabras, que indican su presentimiento de una muerte próxima: «Termino, lectores, invitándoos a que en estos días calamitosos ofrezcamos nuestra vida a Dios por la salvación de nuestra querida Patria. A. M. D. G.: a mayor gloria de Dios.

Refugiado en Portalrubio, sus familiares lo escondieron en un lugar, donde sólo tenía el libro de rezo y un Crucifijo, pasando los

días, resignado y contento con la voluntad divina, en la oración y unión con Dios. Allí supo que los rojos habían asaltado la iglesia del pueblo, tiroteando el altar mayor, quemando todos los altares e imágenes y saliendo luego por la calle revestidos sacrilegamente con los ornamentos sagrados. Allí oraba por España y se preparaba para el martirio, que esperaba con mucha seguridad. «No hay más remedio — decía — que resignarse y aceptar la muerte que Dios nos envíe.» Un día salió del escondite a la habitación y contó que había tenido una visión: «En la pared de enfrente veía un rostro como el de Cristo Rey, y debajo, alrededor, mártires como los de Zaragoza... Y en la frente de uno de ellos había dos agujeros como de dos tiros... Y digo yo: *¿Si seré yo ese?...*»

De Huete y Tarancón fueron unos treinta milicianos, armados de fusiles y con gran estruendo, a registrar la casa donde estaba oculto. Allí dispararon muchos tiros, para atemorizar a los familiares y evitar que nadie se defendiera. Al encontrarlo, a eso de las diez de la mañana, con su libro y el Crucifijo, resignado y sereno, redoblaron los milicianos «los tiros, las blasfemias y los rugidos por su triunfo». Y allí mismo ataron con una cuerda las manos a don Petronilo, a quien maltrataron de obra y de palabra, sin cesar ya, hasta el momento de su muerte.

Las doce horas que pasaron entre la prisión y la muerte le hicieron sufrir un martirio horrible. En un momento de sed devoradora pidió un vaso de agua, y le respondieron: «Gasolina te vamos a dar»; y le echaron un vaso de vino por la cabeza, pero en todo el día no le dieron una gota de agua. Le pusieron en la cabeza un sombrero por burla, y lo llevaron descalzo a todas partes; entre blasfemias e insultos, le daban vergajos y bofetadas; en las yemas de los dedos, entré nua y carne, le clavaban alfileres...

Cuando lo llevaban al campo para asesinarle, un miliciano iba delante ladrando como un perro, y de vez en cuando retrocedía corriendo y se echaba encima del anciano sacerdote mártir; y también entonces los otros milicianos redoblaban sus escarnios, sus blasfemias e insultos. Le hicieron subir por una cuesta a fuerza de golpes, aunque por los sufrimientos y la vejez iba ya medio muerto, cubierto del sudor de la agonía, lleno de heridas, sin comer ni beber, después de un día de tormentos indecibles.

Por el camino les decía que les perdonaba, pero ellos se enfurecían más y de nuevo le maltrataban. «Yo en política no me he metido; pero católico soy y así muero.» Querían los milicianos que blasfemara, y él respondía: «Yo eso nunca lo hice, y antes quiero morir que hacerlo.» Le mandaban cantar canciones deshonestas, y replicaba: «Yo no sé esas cosas.» Por fin le dijeron que se cantara el entierro, y cantándose

el *Miserere* y algunas antífonas de las *Exequias* llegó al lugar elegido por los milicianos para su muerte.

Allí le mandaron ponerse de rodillas; él obedeció y dijo de nuevo que les perdonaba todo el mal que le habían hecho. Y mientras así hablaba recibió diecisiete tiros y diez puñaladas. Después de muerto, un miliciano le disparó en la frente dos tiros, cuyos agujeros se destacaban notablemente, como había visto en la oración, y llamaron mucho la atención de todos. En el lugar del martirio quedó una mancha de sangre que no desaparecía...

270

(56) Zabala Auñón, Gregorio

Nació el día 24 de abril de 1918. Estudiante del Instituto. Murió asesinado el día 18 de agosto de 1936, en la carretera de Villar de Domingo García, en cuyo cementerio lo enterraron. Padres: Blas Zabala Valiente † y Manuela Auñón Villarreal (* 23-X-1894). Hermanas: Virgilia (* 25-IV-1929) y Manuela (* 15-VI-1931).



Era muy piadoso y muy listo. Obtuvo matrícula de honor en casi todas las asignaturas del Instituto y ganó una beca de la Diputación. Había estudiado en el Seminario durante cuatro años, conservando siempre el afecto hacia el mismo y hacia los superiores. También era miembro fervoroso de la Acción Católica. Estaba entusiasmado con la Causa Nacional y, convencido de la victoria, hacía planes para el porvenir de sus hermanas: hacerlas trabajar y estudiar. Murió llevando la medalla de la Virgen de las Angustias, que no se quitó nunca; sólo después de muerto, antes de enterrarlo, se la quitó el Juzgado. Era muy devoto de la Santísima Virgen, a quien veneraba con amor tiernísimo, como a madre. Su madre dice: «La Virgen de las Angustias fué su madre.»

271

(57) Zarco y Cuevas, Julián

Padre Agustino. Murió asesinado.

«Había nacido en Cuenca, el 27 de julio de 1887. Después de estudiar las Humanidades con los Padres Franciscanos de Belmonte y Fuente del Maestre, ingresó en el noviciado de Agustinos del Escorial, donde profesó el 8 de enero de 1905, y se ordenó de presbítero el 15 de agosto de 1911.

«Fué una de las víctimas calificadas de la persecución religiosa de 1936. Enfrascado en el estudio, había pasado la vida entera en la Biblioteca del Real Monasterio del Escorial, sin preocuparse ni poco

ni mucho de lo que pasaba en el mundo, y mucho menos había parado mientes en las refriegas políticas, que tanto derrumban y tan poco construyen. No obstante lo cual, por sus actividades políticas le condenaron a muerte, según *dijeron sus jueces*. Los antiguos sicarios tenían más gallardía, eran más hombres; si alguno les inquietaba su conciencia por religioso, por recto, por cumplidor de su deber, le asesinarían, pero sin avergonzarse de decir por qué, no fingían. Las víctimas, en cambio, hoy como ayer, como siempre, con la frente alta, confiesan su fe y su credo a la faz del mundo. Y el P. Zarco, en el banquillo de los acusados, a sabiendas de que su declaración le costaría la vida, no titubeó en afirmar su condición de religioso.

«Soy Académico de número de la Historia — dijo con voz clara y valiente —, pertenezco a varias Corporaciones científicas extranjeras, mis libros son conocidos y alabados en todos los centros de cultura del mundo, me carteo con todos los investigadores de Europa y América. Nada de esto me engríe. Pero, ofdo bien, estoy orgulloso, si orgullo cabe en lo bueno, del hábito que visto; soy Religioso Agustino. Si esto es un delito, condenadme, pues por nada del mundo he de renegar de mi estado.»

«Y murió en Paracuellos, segada su vida por las ametralladoras.

«Ya desde estudiante era proverbial su saber de historia y su afán incontentible de lectura; no había rincón de la Historia que para él estuviera escondido, ni libro que, caído en sus manos, no devoraran sus ojos. Fruto de estas añiciones fueron infinidad de apuntes, que recibieron forma literaria en su edad madura, y una ponencia presentada al Congreso Eucarístico Internacional de Madrid, *España y la comunión frecuente y diaria en los siglos XVI y XVII*, ponencia que después se convirtió en un grueso volumen.

«Desde la primera juventud, desde la adolescencia, entró en la Biblioteca, y puede decirse que salió de ella para morir. Arreglando el fichero de la Real le sorprendió, en 1913, el encargo, encomendado por unanimidad del Consejo de la Casa, de reorganizar la biblioteca particular del Monasterio. Ya para entonces había publicado algunos trabajos de investigación en *La Ciudad de Dios*. En esta ocupación se detuvo varios años, sin abandonar sus estudios favoritos, que eran todo lo referente al Monasterio de El Escorial y a su insigne fundador, del que era verdadero archivo viviente. Fruto de este intenso trabajo fué la publicación de las siguientes obras, todas ellas con eruditos estudios y notas interesantísimas, que revelan la variedad inmensa de su lectura y saber: *Memorias de la fundación del Escorial, de Fray Antonio de Villacastán* (1916), *El Real Monasterio del Escorial y la Casita del Príncipe* (1916), obra que ha alcanzado hasta diez ediciones; *Testamento y Códicilo de Felipe II y Carta de fundación del Escorial* (1917), *Oración fúnebre de Felipe II* (1917), *Escritores Agustinos del Escorial* — 1885 a 1916 — (1917), *Instrucciones de Felipe II para la fábrica y obra del Escorial* (1918). Solamente la de los *Escritores Agustinos* es para consagrar a un hombre como bibliógrafo de primer orden, por el trabajo inmenso que significa la ordenación y acopio de materiales para confeccionar miles y miles de papeletas de *escueta bibliografía*, como dice el autor en el prólogo, es decir, de copia de portadas y descripción de la materialidad del libro con el menor número de palabras, para llenar un

volumen de cuatrocientas páginas, bien nutridas. No diremos que la vida de un hombre, pero sí que es la obra del P. Zarco, realizada en pocos meses, para llenar varios años bien aprovechados de un estudioso. Mientras escribía estas obras, como de pasatiempo, publicó más de medio centenar de artículos históricos y literarios en la *Ciudad de Dios* y en un periódico local.

«En noviembre de 1919 sufrió examen de Bibliotecario, y fué nombrado Auxiliar de la Real Biblioteca, intensificando más y más el estudio y la publicación de documentos referentes a la historia del Monasterio y a los hombres que, de una o de otra manera, intervinieron en su construcción y decorado, o en su gobierno, o en la vida del Rey Prudente. De esta época de su vida son: *Antonio Pérez* (1922), *Coloquios de la verdad* (1922), *Las Bâades trovadas, atribuidas a D. Pablo de Santa María* (1915), *Historia de varios sucesos, del P. Fr. José de Sigüenza* (1924).

«Su personalidad fué destacándose gradualmente y adquiriendo renombre de erudición y saber, y en 1923 la Real Academia de la Historia le nombró Miembro Correspondiente. El campo de acción se le ensanchaba, y adquirió nuevo relieve en el trato con los eruditos, que acudían a la Biblioteca en busca de datos para sus estudios, y a quienes les sirvió mil veces de guía el P. Zarco, en el intrincado laberinto de códices y libros raros, y en no pocos casos les facilitó noticias y documentación inédita, con la que labraron su reputación de historiadores. En estos años, los más fecundos en cantidad y en calidad, dió a la estampa su monumental *Catálogo de los Manuscritos Castellanos de la Biblioteca del Escorial* (1924, 1926 y 1929), en tres voluminosos tomos en folio, que le dió renombre universal entre los investigadores y bibliógrafos; es obra maestra por su técnica acabada y por el dominio con que está tratada la materia, aparte la magistral Introducción, en que relata la historia de la catalogación de la Biblioteca y de los principales códices que se describen. Otros dos gruesos volúmenes publicó al mismo tiempo, *Relación de pueblos del Obispado de Cuenca, hechas por orden de Felipe II* (1927), galardonados por la Real Academia de la Historia con el Premio al Talento, enriquecidos con una Introducción llena de noticias interesantísimas, además de las con que ilustra el texto de las Relaciones. Estas dos obras fueron la causa ocasional de que la Real Academia de la Historia le llamara a su seno, eligiéndole Académico de Número el día 27 de diciembre de 1929. En mayo del año siguiente tomó posesión del sillón académico, leyendo en la sesión un eruditísimo discurso, que es una verdadera historia de *Los Jerónimos de San Lorenzo el Real* (1930).

«No le impidió este, para cualquier otro de ánimo menos templado, agobiador trabajo la publicación de otros estudios de importancia, como *Lícales y normas de Gobierno de Felipe II* (1927), *Biografía de Fray Luis de León* (1928), *Bibliografía de Fray Luis de León* (1928), *La Escuela poética Salmántico-Agustiniana* (1930), *Inventario de las alhajas, pinturas y objetos de valor y curiosidad, donados por Felipe II al Monasterio del Escorial* (1930), y artículos sueltos en *La Ciudad de Dios*, *Archivo Agustiniano*, *Boletín de la R. Academia de la Historia* y otras revistas nacionales y extranjeras, que solicitaban los trabajos de su pluma.

«Con el nombramiento de Primer Bibliotecario de la Real del Escorial, en agosto de 1930, entró en un nuevo período de actividad, escribiendo *Pintores Españoles de San Lorenzo el Real del Escorial* (1931) y *Pintores Italianos de San Lorenzo el Real del Escorial* (1932), dos soberbios volúmenes, editados por el Instituto de Valencia de Don Juan, con rica colección, cada uno, de hermosas fototipias; *Catálogo de Manuscritos Catalanes, Valencianos, Gallegos y Portugueses de la Biblioteca de El Escorial* (1932), *Pleito que se puso en la Abadía de Parraces para el exterminio de la langosta. Año 1560* (1932), *La Pintura Escorialense* (1932), *Un Cancionero bilingüe manuscrito de la Biblioteca del Escorial* (1932), *La primera edición de unas poesías inéditas y españolas de Vicente Espinel* (1931), *El Licenciado Miguel Caja de Veruela y las causas de la decadencia de España* (1934), *Cuadros reunidos por Carlos IV siendo Príncipe, en su Casa de Campo de El Escorial* (1934), *El Nuevo Códice Visigótico de la Academia de la Historia* (1935), *Estudio sobre Lorenzo Hervás y Panduro, tomo I, Vida y escritos* (1936).¹

«Trabajo verdaderamente abrumador, para el que se precisa la capacidad y energías de un gigante, en lo físico y en lo intelectual. No menos de treinta obras, además de multitud de artículos en revistas propias y extrañas, y la contestación a infinidad de cartas de consulta y la atención al sinnúmero de lectores y estudiosos que continuamente acuden a la Biblioteca del Escorial, sin desatender a sus obligaciones religiosas, muy al contrario, cumpliendo *ad apicem*, aun aquellas de que la ley le eximía por sus trabajos y ocupaciones extraordinarias.

«Y con ser mucho esto, aun le sobró tiempo para editar el tomo VIII del monumental *Catálogo de Escritores Agustinos*, del P. Gregorio de Santiago, ordenando los extraviados apuntes, que dejó a su muerte el autor y completándolos, y recoger datos y redactar miles de papeletas referentes a Felipe II, a Fray Luis de León, a Antonio Gracián, Secretario del Rey Prudente, la publicación de cuya biografía, por él redactada, y del curiosísimo *Diario del hombre de confianza del Rey*, tenía adelantadas al ocurrir los sucesos del año 36; los ricos apuntes para las biografías y estudios de conguenses ilustres, de los que es buena muestra el tomo I, referente a Hervás y Panduro, y otros trabajos de curiosa y dura investigación, cada uno de los cuales parece que sería ocupación de la vida entera de un hombre.

«Su celda, depósito de este rico tesoro, y su despacho de la Biblioteca aparecieron intactos después de la guerra, pero los preciados apuntes, las papeletas, sudor de su frente e hijos de su voluntad férrea y de su inteligencia preclara, habfan desaparecido. El saqueo fué sabio, mejor diré, astuto. Es posible que con el trabajo del P. Zarco pretenda alguno vanagloriarse y aureolar su nombre enteco; pero que no olvide que la Providencia vela por el honor de sus elegidos, y hará que se cumpla inexorablemente el proverbio de que *a quien de ajeno se viste, en la calle le desnudan*. Acaso ha empezado a cumplirse.

«Quien lea las precedentes líneas, pálido reflejo de la realidad, se dará cuenta de lo difícil que es encerrar en pocas palabras el retrato

1. Ordenación de los apuntes del P. José Llobera, S. I., III tomo de *Obras de Fray Luis de León*, editado en la Imprenta Moderna, 1936, Cuenca, y destruido, sin ver la luz pública, por los revolucionarios de 1936.

moral y científico del P. Zarco, una de las glorias más descollantes de la Orden de San Agustín en nuestros días. Lo que en sus primeros años comenzó en juego literario, prosiguió en lectura seria, en estudio profundo, en erudición pasmosa, y cristalizó en escritos innumerables, en obras de tal mérito, que le alcanzaron renombre universal y le hicieron digno de los más preciados galardones, de desempeñar con la competencia, que acaso nunca se consiguió, la dirección de la Real Biblioteca del Escorial, y de ocupar por derecho propio el sitial de Académico de Número de la Real de la Historia. Era el P. Zarco de los que, no obstante trabajar a marchas forzadas durante toda su vida, necesitaba que el día tuviera más de veinticuatro horas, para dar satisfacción a sus ansias de saber y leer. Paisano digno y émulo de los Cano, Hervás, Luis de León, Caballero...

«Fué el archivo viviente de la vida de Felipe II y de cuanto bueno o malo se hubiera escrito acerca del gran Monarca: el defensor acérrimo y documentadísimo de la inmensa labor del Rey Prudente, de sus gloriosas empresas y hasta de lo que más se le ha discutido: su orientación política nacional e internacional. Era muy difícil, en vida del P. Zarco, proyectar la menor sombra sobre la gigantesca obra del Rey del Escorial sin exponerse a un rotundo mentís, que su pluma robusta, ágil y documentada defendía de modo irrefutable. La rehabilitación del tan calumniado *brazo derecho de la cristiandad* es debida, en gran parte, a la labor ingente del P. Zarco, para quien eran conocidas hasta el último detalle las maravillosas actividades científicas, literarias, artísticas, políticas y colonizadoras del más grande de nuestros reyes y del más glorioso de los siglos de oro de los tiempos modernos.

«Su fama rebasó las fronteras y llevó el nombre del P. Zarco, y con él el de España y el honor del hábito agustiniano, a todos los centros de cultura del mundo, desde donde se le consultaba por las mayores eminencias de la investigación histórica.

«Enfrascado del todo en el estudio de nuestras glorias pasadas, apenas puede decirse de él otra cosa sobre las dichas, sino la muy honrosa de que su vida religiosa fué la del morador del Monasterio siempre, y a ella, con su rigurosa observancia de las leyes y santas tradiciones, ajustó su proceder con ejemplar constancia, hasta que el vendaval revolucionario le encerró en la cárcel y por fin le arrebató la vida en holocausto de su fe en Dios. Su laboriosidad fué ejemplar. Su vida, modelo. Su muerte, envidiable. Su memoria, digna de ser perpetuada en mármoles y bronce. — Fr. D. P. DE ARRILUCEA, O. S. A.

CUEVA DEL HIERRO

(Provincia: Cuenca. — Arciprestazgo: Priego. — Habitantes: 160.)

La iglesia fué profanada y saqueada, así como todos los altares e imágenes destrozados y quemados, conservándose únicamente algunas ropas y algún otro objeto, pero se llevaron las campanas.

Resumen

Iglesia saqueada y destrozada. 1
 Altares, imágenes y retablos destrozados. Todos

Campanas destrozadas y desaparecidas Todas
 Archivo destruido 1

CUEVAS DE UTIEL

(Provincia: Valencia. — Arciprestazgo: Requena. — Habitantes: 1,200.)

Antes de que se implantara el terrorismo en 1936, algunos vecinos de este pueblo eran indiferentes prácticos en materia religiosa, y una parte de ellos, hostiles a la misma idea de Dios y de la Iglesia. También el patriotismo se había enfriado y ahogado por la ideología política después de 1931. Sin embargo, había un conjunto selecto de familias ejemplares y fieles a las tradiciones sagradas de España.

Así, no es de extrañar que, en julio de 1936, asaltaran la iglesia, la profanaran con el mayor refinamiento, destrozaran y quemaran o robaran cuanto pertenecía al culto divino y el archivo. Se llevaron las campanas y convirtieron el templo en almacén de abastos.

Sin embargo, durante el dominio rojo, se apoderaron del pueblo los anarquistas, e implantaron el terror, del cual hicieron víctimas a todos los demás: a los católicos piadosos, a los derechistas y a los mismos marxistas e izquierdistas, que habían ido junto con ellos en las elecciones, y entre los cuales asesinaron a dos. Estos hechos influyeron extraordinariamente en el pensamiento y en los sentimientos del pueblo, que vio la salvación, la dignidad, la libertad y la humanidad sólo en la doctrina y en la práctica del Cristianismo. Por eso, acabada la Cruzada, se sienten todos los vecinos liberados del terror, «restauran en seguida la iglesia, quieren ponerse bien con Dios, aprender la doctrina, etc., y presentándose al Comandante militar, declaran que están dispuestos a entregar todos sus haciendas y sus vidas en favor del Movimiento Nacional, salvador de España y de los españoles».

Resumen

Iglesia saqueada y destrozada. 1
 Altares, imágenes y retablos destrozados Todos
 Campanas destrozadas y desaparecidas Todas
 Archivo destruido 1

CUEVAS DE VELASCO

(Provincia: Cuenca. — Arciprestazgo: Cuenca. — Habitantes: 530.)

«El estado de este pueblo, al estallar la revolución de 1936, en el orden moral, religioso y social, era bueno, de arraigadas costumbres religiosas y de honestos pasatiempos, sin que el vicio manchase con su laca la vida de sus habitantes, piadosos y sencillos en extremo.»

La iglesia parroquial, durante los primeros meses de la revolución, «se vio asaltada por milicianos, que en diversas ocasiones vinieron, y destrozaron bastantes imágenes, sacándolas de un escondrijo, en que el pueblo las daba por seguras, y haciendo mofa de ellas»... Destrozaron también los altares, el órgano y las campanas, «cuyo bronce se llevaron para hacer metrallas».